

LAS MUJERES PELEAN MEJOR

KEITH LUGER

BB

En el espacio exterior, bajo un firmamento tachonado de estrellas, la Tierra se veía muy lejana.

El cosmonauta Mike Ladd salió del satélite artificial
«Juno-27»,
que dos semanas antes había sido lanzado por la NASA.

Mike no salía por su gusto.

Acababa de ser expulsado del satélite por el otro cosmonauta, Mary O'Hara.

Era la primera pareja, hombre y mujer, que la NASA lanzaba al espacio, un atrevido experimento para saber en qué condiciones se podían desarrollar las relaciones macho-hembra en el espacio exterior, más allá de la atmósfera terrestre.



Keith Luger

Las mujeres pelean mejor

Bolsilibros - Servicio Secreto - 944

ePub r1.0
LDS 20.03.19

Título original: *Las mujeres pelean mejor*
Keith Luger, 1964
Cubierta: Ángel Badía
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

En el espacio exterior, bajo un firmamento tachonado de estrellas, la Tierra se veía muy lejana.

El cosmonauta Mike Ladd salió del satélite artificial «Juno-27», que dos semanas antes había sido lanzado por la NASA.

Mike no salía por su gusto.

Acababa de ser expulsado del satélite por el otro cosmonauta, Mary O'Hara.

Era la primera pareja, hombre y mujer, que la NASA lanzaba al espacio, un atrevido experimento para saber en qué condiciones se podían desarrollar las relaciones macho-hembra en el espacio exterior, más allá de la atmósfera terrestre.

El cosmonauta se acercó a la puerta y la golpeó:

—¡Ábreme, Mary…! ¡Ábreme…!

La voz de Mary le llegó por los auriculares:

—¡Que te abra tu tía…!

—Te juro que el cabello que encontraste sobre mi hombro no es de Alice.

—Es de Alice porque ella es rubia.

—Es un cabello tuyo, Mary.

—Yo soy pelirroja.

—El cabello pelirrojo se vuelve rubio en determinadas circunstancias, quiero decir cuando se desprende de la cabeza… ¡Ábreme, Mary! Por lo que más quieras, me estoy quedando helado…

—Tienes un buen traje.

—Pues esta soledad me produce frío a pesar de la calefacción.

—Vete con tu Alice.

—¿Cómo quieres que me vaya con Alice? ¡Hay más de mil millas de aquí a Cabo Kennedy…! —Mike Ladd continuó aporreando la puerta—. ¡Ábreme, Mary…!

¡Ábreme…!

* * *

A mil millas del satélite «Juno-27», pera no en dirección *a* la Tierra, sino en la opuesta, se encontraba otro satélite artificial.

No había sido lanzado por los rusos.

Procedía de la galaxia FHJUX, que traducido a cualquier idioma de la Tierra significa Paraíso.

El interior era un laboratorio con extraños aparatos, entre ellos una pantalla de televisión donde se reflejaban las peripecias del cosmonauta Mike Ladd, que seguía golpeando con su puño la puerta del «Juno-27» para que Mary le abriese. Una voz dijo:

—Esos humanos son extraños, Maestro.

—Lo son —contestó otra voz—. No se parecen en nada uno al otro. Son lo que ellos llaman un hombre y una mujer.

—¿Para qué fueron disparados ahí?

—Esa agrupación de hombres tontos que se consideran muy sabios, la NASA, los han colocado en ese lugar del espacio para conocer sus reacciones.

—¿Cómo es posible que estén tan atrasados? ¿Dos sexos?

—Sí, y continúan peleando, como siempre…

—Pero se continuarán amando.

—Eso es lo malo. Por eso que ellos llaman amor, son capaces de las mayores locuras.

—Dos sexos. Es inaudito. ¿Cuánto tiempo hace que superamos nosotros esa diferencia, Maestro?

—Doscientos mil años. Pero hay algo más en ese planeta llamado Tierra que inquieta a nuestro Gran Amo. La guerra.

—¿La guerra? ¿Qué es eso?

—Un país lucha contra otro.

—¿Y qué es un país?

—El lugar donde viven muchos hombres y muchas mujeres… Están separados por un río, por una montaña, y a veces por nada, de otro lugar donde también hay hombres y mujeres… Cada grupo habla un distinto idioma. Creí que ya sabías eso.

—Soy novato, Maestro.

—Oh, sí, pero deberías haber leído en el computador histórico-elástico. El te contará toda la historia de ese planeta.

—La leeré.

—Encontrarás cosas insospechadas. Cada país está regido por un gobierno, y un gobierno se compone de varios hombre que tienen todo el poder sobre los que ellos llaman los ciudadanos. Por regla general, los obligan a pagar los llamados impuestos, a cambio de nada.

—¿Y se conforman, Maestro?

—La mayoría de los humanos son masoquistas, que quiere decir que les gusta ser engañados, golpeados y arrastrados.

En la pantalla de televisión se veía al cosmonauta Mike Ladd y también llegaba su voz por el micro:

—¡Ábreme, Mary…! ¡Ábreme…!

—¿Lo ves, novato? —dijo el Maestro—. Ese hombre tiene más fuerza que la mujer que está dentro, y sin embargo, se ha dejado arrojar del satélite. En realidad es la mujer la que domina al hombre, porque a él le gusta que lo dominen —el Maestro hizo una pausa—. Pero no hemos venido aquí para que yo te informe acerca de ciertas cosas que el computador te enseñará. Nuestra misión es mucho más importante.

—¿En qué consiste?

—He abierto el sobre que contiene las órdenes secretas y ya sé lo que se espera de nosotros. Hemos de adueñarnos del poder en todos los países de la Tierra. Vamos a convertir a esos humanos en seres obedientes, ya que les gusta tanto obedecer… Ésa será la primera fase. Luego, habrá una segunda que será la definitiva. Anularemos los dos sexos. Sólo habrá uno como en nuestra galaxia.

—¿Y cómo hemos de apoderarnos del poder? El Maestro soltó una risita.

—Vamos a emplear sus propias armas.

—¿La bomba de hidrógeno?

—No seas bruto. Eso significaría para nosotros un retroceso de medio millón de años. Nuestras armas serán esos seres opuestos al hombre. Las mujeres.

—No lo entiendo, Maestro. Tú dices que pelean pero que acaban haciéndose el amor.

—En la Tierra suceden cosas muy extrañas, ya te lo he dicho. Una de ellas es la de que los hombres que están en el poder ya no sirven para otra cosa que para fastidiar.

—Aclárame eso, Maestro.

—Quiero decir que los hombres que rigen los gobiernos, la industria o el comercio, ya han llegado a los cincuenta años y, a esa edad, en la Tierra se está acabado. Sí, novato. Se pasan toda la vida luchando, peleando entre sí y cuando llegan a la cumbre, ya no pueden disfrutar de la vida.

—¿Del amor tampoco?

—Ocurre algo muy curioso. Esos hombres de cincuenta años tienen un fallo, les gusta las mujeres muy jovencitas, mujeres de diecisiete años que han alcanzado un estupendo desarrollo. ¿Te das cuenta, novato? Supón por un momento que esas jovencitas están a nuestras órdenes.

—Creo que empiezo a comprender. Las muchachas de diecisiete años se apoderarán de la voluntad de esos hombres y nosotros tendremos el gobierno de la Tierra.

—Exacto.

—Pero ¿cómo vamos a arreglar lo de las muchachas. Maestro?

—Dispondremos de una base en la Tierra.

—¿Una base?

—Sí. Estará instalada en una isla abandonada. Allí, en un laboratorio, nuestros compañeros realizarán una operación sobre las muchachas para convertirlas en nuestras esclavas. Las muchachas serán elegidas y raptadas.

—¿Quién las elegirá y raptará, Maestro?

—Necesitamos dos seres humanos, dos colaboradores. Han de tener una apariencia decente para que puedan introducirse en los lugares donde realizarán sus raptos. Pon en marcha el otro visor terrestre.

Otra pantalla se iluminó.

En ella apareció un estadio donde estaban jugando muchos hombres con pantalón corto, mientras una multitud vociferaba.

—¿Qué es eso? —preguntó el novato.

—Un partido de fútbol.

—¿Fútbol? ¿Qué es?

—Dos equipos de once hombres disputan la posesión de una pelota. Cada equipo ha de introducirla en aquel espacio comprendido entre palos… El que más veces la introduzca, ése gana, pero, por regla general basta con que lo hagan una sola vez. Luego empiezan los actos de barbarie. El equipo que se defiende recurre a todos los trucos para no perder su ventaja. Los partidarios de uno y otro equipo son los que están arriba, en los asientos, y también se atacan entre sí con estacas, piedras y otras armas que han podido esconder a los que los han registrado a la entrada. Casi siempre termina interviniendo la policía con gases lacrimógenos.

—Eh, hay un cosmonauta en ese campo.

—No es un cosmonauta, es el árbitro. Debido a los excesos de los espectadores, han tenido que revestirlo de un traje especial, a prueba de todos los objetos arrojadizos. No, en ese lugar no encontraremos a nuestros dos colaboradores.

La imagen de la pantalla se fue difuminando. En su lugar apareció otra. La de un local lleno de humo envuelto en la penumbra, con mesas donde había hombres y mujeres, con un gran foco sobre la parte central donde se encontraba una mujer que cantaba una canción.

—Demonios —exclamó el novato—. ¿Qué es eso tan estupendo. Maestro?

—Una mujer. Y te prohíbo que te expreses de esa forma.

La cantante hacía guiñitos y sonreía. Era una belleza rubia, seductora, femenina, excitante…

Terminó su canción y algunos espectadores se abalanzaron sobre ella.

—Comprendo. Ahora se la comen —dijo el novato.

—No seas animal. Los seres humanos desterraron el canibalismo.

La rubia desapareció en aquel tumulto de hombres, y, de pronto, unos cuantos se volvieron moviendo las mandíbulas, sonrientes.

Desapareció inmediatamente aquella imagen y se vio una calle empedrada de un pueblecito. Dos viejas caminaban de espaldas.

—Llegamos tarde, Úrsula —dijo una.

—No, Petra, todavía no han dado las campanadas del comienzo del novenario… Un ciego estaba en la acera de la derecha, golpeando con su bastón.

Las dos ancianas apresuraron el paso yendo hacia el viejo. Cada una de ellas lo tomó por un brazo y lo pasaron a la otra acera.

El ciego, al llegar, dijo:

—Son ustedes muy buenas.

—No habíamos hecho hoy nuestra obra de caridad —dijo Úrsula.

—Que el cielo se lo pague.

Las dos ancianas continuaron su camino muy satisfechas. De pronto estallaron unos cohetes a sus pies.

Las dos mujeres chillaron, levantaron las faldas y echaron a correr.

Varios chiquillos, aparecieron por el callejón corriendo detrás de las viejas y gritando:

—¡Brujas…! ¡Brujas…!

—Ahí las tienes, novato —dijo el Maestro—. Ésas serán nuestras colaboradoras.

—¿Por qué ellas? Yo prefiero a la rubia.

—¡Novato!

—Disculpa, fue mi voz interior la que habló.

—Pues ahógala. Esas ancianas reúnen todas las condiciones para llevar a cabo los secuestros. Naturalmente, primero las raptaremos a ellas. Serán los primeros seres humanos sometidos a tratamiento en nuestra base.

—¿Y cuándo se montará la base?

—Yo apretaré el botón que nos comunica con el Alto Mando y en sólo seis días de los humanos lo tendremos todo dispuesto para iniciar la Gran Operación.

Desapareció la imagen de las viejas perseguidas por los niños y en su lugar apareció la del cosmonauta que seguía aporreando la puerta del satélite
«Juno-27».

—¡Ábreme, Mary…! ¡Te juro que entre Alice y yo sólo existe una buena amistad…! ¡Ábreme, Mary…!

CAPÍTULO II

Era de noche y una tempestad azotaba la pequeña isla que se alzaba trente al continente africano.

Una barca llegó a la orilla.

Cuatro hombres saltaron de ella llevando consigo unas cajas largas, como ataúdes de momias.

Los cuatro hombres se cubrían de negro desde la cabeza a los pies, de tal forma que sólo mostraban los ojos.

Los cuatro pares de ojos eran de un mismo color. Verde.

Ninguno de ellos pronunció palabra alguna mientras caminaban por la arena, transportando los ataúdes.

En un momento determinado, los cuatro se detuvieron. El que estaba al frente del grupo exhibió un receptor.

—Comando X, llamando al laboratorio… Misión cumplida.

—Laboratorio llamando a Comando X —le contestó una voz—. Paso libre. Se oyó un ruido y se abrió el suelo. Quedó un hueco, una rampa.

Cada pareja de hombres cogió de nuevo el ataúd, que por unos momentos habían dejado en tierra, y entraron por aquel hueco.

Descendieron en su ascensor. Aquel laboratorio era una verdadera ciudad subterránea.

El ascensor se detuvo y los cuatro hombres salieron con su carga.

Entraron ahora en un fabuloso quirófano lleno de extraños aparatos.

Allí había cuatro hombres que, a diferencia de los que transportaban las fúnebres cajas, se cubrían de blanco, pero su rostro era sustituido por una horrible máscara. Tan sólo se les veían los ojos, de un color verdoso como los otros.

—Abran la caja número 1 —dijo uno de los extraños habitantes de aquel subterráneo.

La caja fue abierta. En el interior estaba la anciana llamada Petra.

Parecía muerta. Tenía las manos sobre su pecho, los ojos cerrados, el color de un cadáver.

—Sáquenla —ordenó el de antes.

La trasladaron a una mesa de operaciones, sobre la que fue convenientemente asegurada de brazos y piernas.

—Caja número 2.

Aquella segunda caja contenía a la compañera de Petra, Úrsula, quien fue trasladada igualmente a una mesa similar a la de su amiga, y también asegurada de brazos y piernas.

—Nos apoderaremos de la mente de estas dos mujeres para que trabajen para nosotros… —dijo el hombre de blanco que daba las órdenes.

El hombre de blanco que así había hablado se desplazó hacia un tablero de mandos. Movió una palanca, y al instante se oyó un trueno ensordecedor.

Dos rayos bajaron por unos alambres, de acero, en espiral, y entraron en contacto con las ancianas.

Se produjeron dos llamaradas.

En cada mesa apareció un esqueleto.

Sin embargo, sólo fue un efecto limitado ya que, al cabo de unos segundos, desaparecido el rayo, se vio que las dos ancianas estaban intactas, con su hueso y con su carne.

—¿Cuánto marca el reactor de voluntad? —preguntó el hombre que dirigía la doble operación.

Uno de sus ayudantes consultó un gran número de amperímetros.

—Tres ondas humanas —dijo.

—No basta —el hombre movió por segunda vez aquella palanca.

Se produjeron de nuevo aquellos dos terribles rayos que descendieron con mucha más rapidez que antes, sobre los cuerpos humanos que eran utilizados como cobayas.

Otra vez pareció como si sobre aquellas mesas sólo hubiese huesos.

Cesó el resplandor y las ancianas reaparecieron en su estado

normal. El hombre que estaba junto a los amperímetros, dijo:

—Ocho ondas humanas.

—Son suficientes.

El jefe de operaciones se acercó a las mesas.

—Despierten al paciente número 1.

El paciente número 1 era Úrsula, a la cual le fue inoculada una inyección. Despertó casi inmediatamente.

Miró a su alrededor y dijo al hombre que estaba más cerca:

—¿Me da un trago de *whisky*, guapo?

El jefe ordenó que fuese despertada la paciente número 2. Y Petra, cuando volvió en sí, soltó un chillido al ver las caras de sus acompañantes y dijo:

—Úrsula, qué a tiempo llegamos a esta casa. Ya tenía ganas de correr una buena juerga…

El jefe habló por un micro.

—Sección de maquillaje, pueden preparar a las pacientes. La operación resultó un éxito.

* * *

El club *Play*-boy, de Berlín, era el lugar de reunión de los ye-yés de la generación machacada.

Chicas de largos cabellos y faldas cortas, y muchachos de espesas melenas, se daban cita allí para hablar de su angustia vital, para bailar desenfrenadamente, para pegar chillidos…

Úrsula y Petra estaban en el local. Se habían transformado mucho desde que vivían en su pueblo. A decir verdad, podrían pasar por mujeres maduras de unos treinta y cinco o cuarenta años, muy a la moda, ávidas de emociones…

Obedientes a sus nuevos amos, debían recorrer Europa, los lugares más significativos donde se reuniesen sus futuras víctimas, chicas de diecisiete años, de rostro bello y cuerpo maravilloso. Petra y Úrsula eran los únicos humanos que trabajaban con aquellos extraños seres de la otra galaxia que habían elegido la isla como laboratorio.

Ahora estaban sentadas ante una mesa fumando en largas boquillas, y sus ojos ya eran verdes como aquellos que las habían

raptado y bebían *whisky* con cubitos de hielo.

Un representante de la canción de protesta actuaba en la pequeña pista y cada frase suya despertaba un coro de chillidos femeninos.

Úrsula y Petra repasaban con la mirada a los representantes de la última hornada juvenil.

Vieron a muchas chicas que reunían los requisitos que les habían exigido, pero las dos a una detuvieron los ojos en un tipo barbudo, fuerte.

—Petra, ¿qué te parece el tipo?

—Sensacional.

—Te quedas corta, hija.

Las dos se quedaron pensativas.

—Úrsula, ¿por qué no lo raptamos también a él?

—¿Qué más quisiera yo? Pero las órdenes son las órdenes.

—Oh, sí. Sólo muchachas de diecisiete años.

El público aplaudió rabiosamente al cantante que había estado protestando durante los últimos minutos.

De pronto, brotó un rugido en la sala, cuando un cuarteto de músicos se puso a interpretar un ritmo moderno. Un foco paseó por la sala como en busca de un avión desconocido, y descendió bruscamente, iluminando a una muchacha rubia, muy joven.

La muchacha se puso a danzar frenéticamente, pero llevando el ritmo.

En un momento determinado, la música dejó de sonar, y la rubia quedó como en trance.

También estaban en trance la mayoría de los espectadores.

La muchacha se puso a dar palmadas rítmicas. A la tercera vez que lo hizo, sus admiradores, chicos y chicas, puestos en pie, acompañaban aquellas palmadas con un grito:

—¡Erika…! ¡Erika…! ¡Erika…!

Pronto aquel nombre atronó la sala, pero en un momento determinado, la propia intérprete, Erika, extendió los brazos, y las voces casaron.

Petra dijo:

—Ésa es una de nuestras chicas.

—Estoy de acuerdo —contestó Úrsula.

* * *

Erika estaba sentada en un banco, en una avenida bordeada de árboles. A su derecha tenía dos admiradores, y a su izquierda otros dos, jóvenes de diecisiete años, que se cubrían con zamarra y pantalones de vaquero.

Eran observados por dos personas que se encontraban en un automóvil grande, negro, reluciente. Petra y Úrsula.

—Esa chica nunca está sola —dijo Petra.

—Hay que poner en práctica el plan Z.

—¿Cuál es el plan Z?

—Rapto tipo Chicago.

—Manos a la obra.

Úrsula y Petra saltaron del coche y se encaminaron hacia el banco que estaba tan ocupado.

Úrsula puso los brazos en jarra.

—Muchachos, despídanse de Erika.

Los cuatro jóvenes estaban asombrados.

—Eh, ¿quiénes son ustedes? —preguntó uno de ellos.

—Erika tiene que venir con nosotros.

—Eh, amigos, son dos chifladas… Úrsula dio un suspiro.

—No debiste decir eso, amiguito.

—¿No? ¿Prefiere que las llame locas? Muy bien. Son un par de locas…

—Erika tiene que acompañarnos porque va a hacer una actuación muy especial. La mejor de su vida, la más sensacional.

El joven que había hablado antes, exclamó:

—Voy a contar hasta tres, y si para entonces ustedes dos no se han marchado, las vamos a arrojar al estanque que hay cerca de aquí.

—Malo, chico, muy malo.

—Bien pensado, las deberíamos echar ya porque son un par de ranas. Eso es lo que parecen —el muchacho lanzó una carcajada que fue coreada por sus compañeros.

—Sí, Otto —dijo uno de ellos—. Eso parecen, un par de ranas, croa… croa… croa…

Úrsula puso la mano en el cogote del que croaba y le pegó un pequeño sacudón. El muchacho voló por el aire y cayó en el césped.

Los otros tres miraron asombrados a su compañero y se levantaron a una.

—¡Ahora es cuando se ganaron el chapuzón en el estanque! —gritó uno. Los tres se arrojaron sobre Úrsula y Petra.

Ocurrió lo inaudito. Petra y Úrsula demostraron estar al día en judo y karate. En pocos segundos, aquellos muchachos aullaron de dolor porque estaban siendo volteados, catapultados y vapuleados sin descanso.

La bella Erika observaba perpleja el desarrollo de la pelea. Al fin, Úrsula y Petra se dirigieron hacia ella.

—Eh, ¿adónde me llevan? No quiero ir con ustedes…

—Muchacha, tienes ante ti un gran porvenir —dijo Petra—. La gloria, la fama…

—No quiero nada de eso. ¡Yo sólo quiero bailar en el *Playboy*…!

—No sabes lo que dices.

—Claro que lo sé. No quiero ir con ustedes.

—No, ¿eh? Ahora lo verás.

Úrsula le pegó un puñetazo en la mandíbula.

Erika cayó en el banco y se desmayó. Había quedado desvanecida. Petra dio un suspiro y dijo:

—Estas chicas de hoy no saben lo que les conviene.

Luego se echó sobre el hombro el cuerpo de Erika, y se encaminaron hacia el coche negro.

De pronto una linterna las iluminó. Era un policía.

—Eh, ustedes. ¿Qué hacen?

—Se trata de mi sobrina —dijo Úrsula—. Estaba con malas compañías y nosotras la libramos de ellas.

El policía desvió el haz de luz hacia el banco y vio a los cuatro muchachos desvanecidos.

—Una pandilla de delincuentes juveniles, ¿eh?

—Eso es.

—¿Y dónde está la otra pandilla?

—Se largaron.

—¿Y quiénes eran?

—Los Pumas de Texas.

—A esos Pumas vamos a dejarlos sin piel. Sabemos dónde encontrarlos…

—Gracias, agente. ¿Qué sería de nosotras, pobres mujeres, sin ustedes…?

—A su servicio, señoras.

Úrsula y Petra entraron en el coche con Erika y poco después, el vehículo se ponía en marcha.

Cuando ya se habían alejado del lugar del rapto, Petra encendió dos cigarrillos y puso uno en los labios de Úrsula, que era quien conducía.

Luego, Petra apretó una tecla del salpicadero, se oyó un zumbido y sobre una pequeña pantalla de televisión apareció un rostro, el del jefe de operaciones en la isla, el rostro cubierto con aquella máscara espantosa.

—Negocio número 1 concluido, jefe —hablo Petra.

—Entreguen la mercancía al comando. Luego han de trasladarse a Hamburgo para recoger la mercancía número 2.

La imagen desapareció de la pantalla.

Petra puso la radio y se oyó la música de la canción que Erika había interpretado en el *Play*-boy.

Ahora, Úrsula y Petra se movieron rítmicamente, tal como habían visto hacer a Erika.

CAPÍTULO III

El ministro de Finanzas, Von Chaufen, recogió de manos del presidente, Frank Stanausen, el regalo que le hacía el Gobierno, una hucha de oro.

Al acto asistían todos los ministros del gabinete, subsecretarios, directores generales y los secretarios de los directores generales.

El presidente dijo solemnemente:

—Señor ministro de Finanzas, su ejecutoria a través de los cuatro años que lleva al frente de este departamento, ha constituido el mayor éxito de la historia de nuestro país. Gracias a sus maravillosos métodos ni un solo contribuyente ha dejado de pagar lo que le correspondía. Las arcas de nuestros tesoros están abarrotadas de oro, de dólares, de libras esterlinas, y también hay algún que otro rublo.

Las últimas palabras fueron acogidas con risas por los presentes, y el presidente, tras agradecer con una sonrisa la acogida de su chiste, prosiguió tras un carraspeo:

—Señor ministro, usted ha logrado el objetivo que se trazó cuando ocupó el sillón de su despacho. Y ha contribuido a ello sus cualidades personales de austeridad, de ahorro, de sobriedad. En segundo término, señor ministro, se ha sabido rodear de Tas personas adecuadas… Aún recuerdo con tristeza que nuestro anterior ministro se fugó con su secretaria a un país sudamericano llevándose las divisas de seis meses de exportaciones. Usted, señor ministro, jamás sentirá esa tentación.

Las cabezas de todos los presentes se movieron en una dirección. Hacia la secretaria del ministro de Finanzas. Tenía cuarenta y cinco años y era fea como un demonio.

El presidente se apresuró a vociferar para llamar la atención de

sus subordinados.

—Señor ministro de Finanzas, el gabinete que me honro en presidir le hace ofrenda de un obsequio, en el que ruego no considere su valor monetario, sino el simbólico… Con esta hucha, repito, le entregamos nuestros corazones, y ellos, señor ministro, permítame decirle, son también otras huchas. Sí, señor ministro, unas huchas, pero no repletas de divisas, de oro, o de libras esterlinas, sino de cariño, de afecto al hombre que ha producido un milagro económico en nuestro país, un milagro que es la admiración de Europa y del mundo entero… He dicho…

Se produjo una gran salva de aplausos.

El ministro de Finanzas lloraba cuando el presidente lo estrechó entre sus brazos.

Hubo otras felicitaciones.

Finalmente, el presidente dijo:

—Caballeros, estoy seguro de que nuestro ministro de Finanzas querrá estar solo para estudiar las nuevas medidas que contribuirán a que se doblen los ingresos del próximo ejercicio económico…

Eso provocó nuevas risas, y en medio de ellas, el presidente se retiró y, poco a poco salieron los demás.

Al fin, quedaron a solas el ministro y su secretaria.

El engendro femenino, llorando, secándose los ojos con un pañuelo dijo:

—Perdone, señor ministro, pero estoy muy emocionada. Cuántos desvelos, cuántos sacrificios, cuántas noches pasadas usted y yo aquí trabajando sin descanso…

El ministro acudió al lado de su secretaria y le palmeó la espalda.

—No llore, Gilda, le compraré una hucha igual.

—Es usted muy amable, señor ministro.

—Ahora al trabajo, Gilda. Recuerde nuestro lema: «El tiempo es uranio 205».

—Sí, señor. Ahora mismo le traigo el plan que está estudiando para que los obreros paguen más impuestos.

La secretaria salió del despacho del ministro.

Von Chaufen cogió la hucha y, apretándola sobra su pecho, la acarició como si fuera un bebé.

—Más divisas, más divisas… Haré reventar las arcas del tesoro

con divisas… —Su cara adquirió un gesto diabólico.

La secretaria entró de nuevo.

—Acaba de llegar una periodista. Quiere entrevistarlo, señor ministro.

—No me interesa. No la recibiré. Tengo que trabajar.

—Se llama Erika Stonejam.

—No me importa cómo se llame.

—Trabaja para una cadena de periódicos americanos.

—¿Eh?

—Americanos. De los Estados Unidos.

—Hágala pasar inmediatamente.

—Sí, señor —dijo la secretaria y, tras dejar la carpeta en la mesa del ministro, salió de nuevo.

El ministro se arregló el nudo de la corbata, se estiró los puños de la camisa, cogió el expediente de los nuevos impuestos y lo abrió, haciendo como que se sumergía en su estudio…

Oyó los pasos de la periodista que entraba, pero no levantó los ojos.

—Buenos días, señor ministro.

Von Chaufen soltó un gruñido, sin mirarla todavía.

—Si usted está ocupado, puedo esperar —dijo ella.

Fue entonces cuando el ministro la miró. Se quedó con la boca abierta.

En todos los días de su vida no había visto una monería como aquélla. Tenía que ser muy joven, pero estaba estupendamente desarrollada.

Su cabello era rubio como el trigo en agosto, su frente ligeramente abombada, sus ojos grandes, de un verde esmeralda, sus labios gruesos, sensuales. Al sonreír, se le formaba un hoyuelo en cada mejilla.

—Es usted tan encantador como me había imaginado, señor ministro… Von Chaufen tosió suavemente.

—¿Quizá he llegado en un momento inoportuno, Von Chaufen?

—En absoluto. Usted ha llegado muy a tiempo. Se lo aseguro.

El ministro tuvo la sensación de que de los ojos de ella emanaba una especie de fluido magnético y que, al mismo tiempo, escuchaba una extraña música que llegaba de las regiones etéreas.

—¿Qué es lo que le interesa, señorita Stonejam?

—¡Por favor, señor ministro!, llámeme Erika.

—Erika —repitió él como si fuese la primera vez que oía aquel nombre. En aquel momento entró la secretaria.

—Señor ministro, perdone que le interrumpa. Han llegado los diputados que citó para discutir con ellos la cuestión del presupuesto.

—Que se marchen.

—¿Cómo?

—Que vuelvan el jueves.

—Pero, señor ministro, usted dijo que los recibiría hoy.

—He cambiado de opinión. Y ahora, ocúpese de su trabajo, Brunegunda.

—Como usted ordene, señor ministro. La secretaria salió aturdida, confusa. Von Chaufen sonrió a su visitante.

—Puede usted empezar la entrevista cuando quiera, Erika.

—Ahora mismo —dijo ella.

Se sentó en el borde de la mesa y cruzó las piernas.

A continuación sacó de su bolso un cuaderno de notas y un bolígrafo.

—Señor ministro, ¿qué opina de las peticiones de esos dos países para entrar en el Mercado Común?

—Que son dos peticiones extraordinarias —contestó Su Excelencia, fijos los ojos en las hermosas piernas de la joven—. Y que merecen ser tomadas muy en consideración.

Siguieron hablando durante un rato. De pronto, la joven consultó el reloj.

—Oh, me he retrasado demasiado. Es la hora de su almuerzo, señor ministro. Ya sé que almuerza aquí para no perder el tiempo. Yo, en cambio, como vivo prácticamente en la calle, lo hago fuera, en el restaurante Morocco. Repito mi agradecimiento. Le enviaré los diarios americanos en donde aparezca la entrevista.

Erika alargó gentilmente su mano que el ministro estrechó con entusiasmo, levantándose.

Luego, la joven echó a andar hacia la puerta y el ministro la siguió con la mirada. Cuando la puerta se hubo cerrado tras la muchacha, el ministro dio un largo resoplido y se dejó caer en el sillón.

Media hora más tarde, Erika estaba sentada en una mesa del

Morocco, almorzando, cuando oyó una voz a su lado:

—¿La molesto?

Erika levantó la mirada e hizo un gesto de sorpresa.

—¡Señor ministro de Finanzas…!

Von Chaufen se sentó.

—He pensado que podría almorzar con usted. Al fin y al cabo, debo ser como un ciudadano cualquiera…

—Me siento muy honrada.

Von Chaufen miró los ojos verdes de Erika y otra vez sintió sobre sí aquel fluido magnético y escuchó aquella música de las regiones etéreas.

Cuando terminaron de almorzar, Erika dijo:

—Tengo que ir a mi oficina para redactar mi entrevista.

—Erika, quisiera volver a verla.

—Lo siento, señor Chaufen, pero me temo que eso no podrá ser… Quiero decir que salgo mañana para la Riviera francesa. Voy como enviada especial al Festival Cinematográfico de Cannes.

El ministro se rascó la mejilla con el dedo índice.

—¿Qué le parece si usted y yo fuésemos juntos a Cannes, Erika?

—Pero ¿qué dirán sus colegas del Gobierno?

—Erika, yo no he tomado vacaciones en cinco años, y ya es hora de que disfrute de algunos días de descanso…

Ella se inclinó sobre Chaufen y, con un mohín delicioso dijo:

—Le haré una confidencia, señor ministro. Desde que lo vi en la mesa de su despacho, sentí una cosa extraña en mi pecho, algo que nunca había sentido antes con otro hombre…

—Erika —dijo Von Chaufen como un náufrago antes de hundirse en el negro mar.

CAPÍTULO IV

Úrsula y Petra estaban en Cannes.

Ahora tripulaban un descapotable último modelo.

—Aquí encontraremos nuestra vigésima quinta víctima —dijo Úrsula.

—Otra muchacha bella, capaz de seducir a un hombre importante —asintió Petra.

—Se nos ocurrió una buena idea. A este festival cinematográfico vienen muchas *starlets* muchachitas que quieren ser algo en el cine. ¿Y qué mejor campo para nosotras?

—Conecta con el jefe, Úrsula.

Las dos miraron a su alrededor para cerciorarse de que no eran escuchadas. Úrsula tocó la tecla que ponía en marcha el televisor y en la pantalla apareció la máscara horrible.

—Estamos en Cannes, Francia —anunció Úrsula—. Nos disponemos a actuar.

—Las felicito por su eficiencia. Los resultados de la operación no pueden ser más halagadores. Se lo comunico porque sé que les gustará. En estos momentos ocho ministros importantes de distintos gobiernos del mundo, seis directores de grandes sociedades bancarias, cuatro fabricantes de maquinaria pesada y otros siete miembros del comercio internacional, se divierten y pasan el tiempo con nuestras alegres y hermosas muchachas. Ellas han conseguido nuestro propósito. Esos hombres han abandonado sus oficinas, sus negocios porque están locamente enamorados de sus acompañantes… La situación ha empezado a provocar crisis en muchos sectores. Proseguiremos la marcha de nuestro plan, y en pocas semanas, nuestras jovencitas serán las dueñas del mundo. Entonces habrá llegado el momento de que nosotros intervengamos.

No les interrumpo más su trabajo. Corto y fuera.

La imagen desapareció.

—Vamos en busca de nuestra nueva pieza —dijo Úrsula.

Las dos mujeres saltaron del coche. Se habían vestido adecuadamente para Cannes con vestidos escotados, modelos de la Rué de la Paix, pintados a mano, y cubrían la cabeza con enormes sombreros para defenderse del sol, y usaban gafas oscuras, como si perteneciesen al grupo de las famosas estrellas que asistían al festival.

Fueron hacia la playa.

Los fotógrafos disparaban sus *flashes* a bañistas que jugaban con una gran pelota de colores, la cual se arrojaban una a otra. Con frecuencia, perdían la pelota porque estaban más pendientes de las fotos que del juego en sí.

Petra y Úrsula pasaron de largo.

Vieron a Erika, la primera chica que habían raptado en Berlín. Estaba tendida en una hamaca y les guiñó un ojo. Tenía a su lado al ministro de Finanzas, sentado en otra hamaca, en bañador, con un sombrero de paja en la cabeza, gafas negras y un vaso con bebida alcohólica que sorbía con una pajita.

—Qué maravillosa es la vida contigo, Erika —dijo Von Chaufen.

Úrsula y Petra continuaron su paseo.

Las *starlets* eran numerosas, y hacían las cosas más extrañas para llamar la atención. Una de ellas, también en bikini, peleaba con un gorila. En un momento determinado, el gorila la cogió en brazos y se la llevó al agua. La *starlet* gritaba despavorida. Los fotógrafos reían haciendo sus fotografías. El gorila, una vez llegado al mar, lanzó a la chica a las olas y, a continuación, se desprendió de la cabeza mostrando que era un famoso cómico italiano.

Úrsula fue a seguir cuando Petra la cogió por el brazo.

—¡Ya la tengo, Úrsula!

—¿Cuál es?

—Allá, a la derecha.

Úrsula siguió la dirección de los ojos de Petra.

Tendida en la arena, había una joven de unos diecisiete años, cabello y ojos negros.

* * *

La joven estaba en compañía de un hombre moreno, de facciones duras, pero simpáticas, nariz chata, con todas las características de un luchador retirado. Su cuello podía pasar por el de un búfalo.

—Bruno, es la hora del masaje —dijo la joven moviéndose en la arena como una gata.

—Oh, sí, Didí —dijo el llamado Bruno y cogió el frasco que ella le alargaba.

Didí se puso boca abajo y Bruno volcó la botellita del aceite sobre la palma de la mano, pero no midió bien la cantidad y salió casi la mitad del contenido, que resbaló entre sus dedos.

Puso la mano sobre la espalda de Didí. En ese momento se acercó un botones.

—Eh, señor Nussac, lo esperan en el hotel.

—¿Quién?

—Un amigo suyo, Gaston Marnas. Dijo que viene a romperle la cara.

—¿Eh? —dijo Bruno arrugando la nariz.

—Perdone, señor Nussac, pero ése es el recado que me dio con dos francos para que repitiese todas sus palabras.

Bruno se puso en pie y la atractiva Didí dijo:

—¡Eh, Bruno, mi masaje…!

—Perdona, Didí, pero tendrás que esperar un poco… —Bruno cerró la mano en la que tenía el aceite y éste se deslizó por entre sus nudillos—. Se trata de un antiguo conocido, alguien a quien tengo que machacar el cráneo. Hace mucho tiempo que no le echo el ojo encima, y ahora se presenta aquí y el muy caradura me desafía. Volveré contigo en unos minutos. En cuanto haya clavado a Gaston Marnas medio metro…

Bruno Nussac se alejó en pos del botones, y Didí hizo un gesto rabioso y apoyó la frente en los brazos para tomar el sol.

De repente, sintió que una mano le untaba la espalda de aceite. Levantó la cabeza y vio al hombre que le estaba dando el masaje. No, no era Bruno Nussac, sino Paul Riviere, un hombre moreno, de rasgos varoniles, ojos negros, centelleantes y boca que sonreía mostrando unos dientes blancos y parejos.

—Bruno es muy torpe para estas cosas, querida.

Ella lo miró asombrada, haciendo un mohín con el hociquito.

—¿Entonces tú…?

—Sí, monada. Yo le pagué los dos dólares al botones para que Bruno me dejase el campo libre.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Por la sencilla razón de que Bruno esta mañana, para librarse de mí, me dijo que te habías largado a París.

La joven rió.

—Menudo par de frescos estáis hechos…

—Es la lucha por la vida…

—Será la lucha por la mujer.

—¿No es lo mismo? —contestó Paul mientras pasaba la mano con suavidad por la espalda de Didí.

Didí se tendió de nuevo boca abajo, y mientras Paul le daba el masaje, ronroneó como una gata satisfecha.

De pronto una voz llegó del mar:

—¡Socorro…! ¡Me ahogo…! ¡Auxilio…!

Paul se puso en pie y miró hacia el mar. Había muy pocos bañistas porque el tiempo no estaba para mojarse. Corría un airecillo fresco y ningún bañista se encontraría en la playa a no ser porque se celebraba el festival cinematográfico, pero siempre había alguien atrevido y esta vez no era una excepción.

Como casi siempre ocurre, las voces de socorro no habían conseguido que un salvador se pusiese en marcha.

Paul fue el primero en reaccionar. Dejó caer el frasquito del masaje, saltó al agua y, nadando vigorosamente, se dirigió como una flecha hacia el lugar donde estaba la bañista en dificultades.

Úrsula y Petra se aproximaron entonces a Didí.

—¿Usted es Didí Morel? —preguntó Úrsula. La joven se volvió hacia ellas.

—Sí, soy yo.

—Tiene que venir con nosotras. Su hermana Desirée ha sufrido un accidente.

—¡Dios mío…!

—No se preocupe. No está muerta, pero ella le ruega que acuda a su cama.

—¿Dónde está?

—En el hospital. Hemos traído nuestro coche. Nosotras la acompañaremos.

—Se lo agradezco mucho.

Didí recogió rápidamente sus cosas y se puso un albornoz. En seguida, las tres mujeres se encaminaron hacia el descapotable que se encontraba en la playa de estacionamiento.

Mientras tanto, Paul había llegado junto a la bañista imprudente. Ella se agarró a su cuello y el resultado fue que los dos se hundieron en el mar. Cuando volvieron a emerger, Paul gritó:

—¡Cuidado, muchacha, o nos vamos al infierno juntos…! ¡Suélteme! ¡Yo la arrastraré!

Pero ella seguía cogida a su cuello.

Entonces Paul hizo lo que tenía que hacer. Soltó un puñetazo en la mandíbula de la muchacha, y la dejó sin conocimiento. Luego la colocó en la forma adecuada para arrastrarla hacia la orilla.

Tal como Paul esperaba, mucha gente estaba allí y algunos se habían metido en el agua, pero ésta no les llegaba más arriba de la pantorrilla.

—Menos mal que lo consiguió usted solo —dijo uno—. Ya yo iba para allá.

—Sería mejor que se fuese con su abuela a jugar a la canasta —contestó desabridamente Paul al cobarde.

Se dispuso a tomar a la joven en brazos, pero se quedó quieto mirándola. Era prodigiosamente hermosa, atractiva, porque poseía unas medidas anatómicas de campeonato, y no debería tener más de diecisiete años.

Un tipo atlético se le acercó.

—Déjeme a mí, amigo. Usted ya hizo bastante, y debe estar cansado. Paul le puso la mano en la cara y lo empujó diciendo:

—Quieto, león.

El tipo cayó en el agua.

Paul tomó en brazos a la atractiva joven y fue con ella a la arena, donde la dejó de bruces.

Se formó en seguida un gran círculo de curiosos. Algunos fotógrafos dispararon sus placas.

—Eh, ¿por qué no se van a ver las estrellas? —dijo Paul—. La chica necesita aire libre.

Paul hizo a la muchacha la respiración artificial. La joven volvió en sí quejándose.

Paul la puso boca arriba. Ella entonces abrió los ojos.

—¿Es usted mi salvador?

—El mismo que pretendiste ahogar.

—Oh, no sabía lo que hacía.

—Ya lo supongo.

Bruno Nussac se abrió paso por entre la gente. Al ver a la joven y a su amigo dijo:

—Eh, Paul, creí que era Didí.

—La dejé en la arena para sacar a esta chica del apuro.

—¿Y adónde fue ella? No la encontré.

—Búscala.

La joven que Paul había salvado del mar sonrió. Sus ojos eran verdes y se encontraron con otros ojos verdes, los de la alemana Erika, que, con su ministro de Finanzas, formaba parte del grupo de curiosos. Entre las dos muchachas se entabló un diálogo mudo y corto.

—¿Puedes levantarte? —preguntó a la joven que había sacado del mar y que, como todas, se cubría tan sólo con dos trocitos de tela que realzaban sus encantos.

—Desde luego.

Sin embargo, al levantarse perdió el equilibrio y se apoyó en Paul.

—Perdona —dijo ella.

—Por mí no hay inconveniente, pero preferiría que te desmayases cuando estemos solos.

A la joven le hizo gracia la respuesta de Paul.

—Soy Linda Harvey. Linda para ti.

—¿Dónde te hospedas?

—En el hotel Midi…

—Vamos. Traje mi coche.

* * *

Linda Harvey y Paul Riviere entraron en el apartamento de la joven, en el hotel Midi.

—Ponte cómodo, Paul. Hay *whisky* en el bar… Yo tomaré un baño caliente. Lo necesito.

—Estás muy débil. Ella se echó a reír.

—Eres muy amable, Paul, por preocuparte por mí.

Luego echó a andar y desapareció en una puerta del fondo.

Paul se encogió de hombros y se encaminó al bar en donde se sirvió una ración de *whisky* con cubitos de hielo.

De pronto sonó el teléfono.

—¿Quieres cogerlo, Paul? —dijo Linda.

—¿Quién llama? —inquirió Paul por el micro.

—Soy Adrián… Quiero hablar con mi esposa.

—¿Su esposa? Se ha equivocado de número, amigo.

La persona que estaba a la otra parte del cable era Úrsula, que desde una cabina telefónica simulaba una voz varonil.

—¿No es el apartamento 34 del hotel Midi?

—Si.

—¿No se hospeda ahí Linda Harvey?

—Sí.

—Pues ella es mi mujer. ¿Quién es usted? Paul cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Espere un momento —dijo. Cubrió el micro con la mano y volvió la cabeza hacia la puerta entreabierta del cuarto de baño—. Linda, es tu marido.

—Oh, sí, en seguida salgo.

Linda salió anudándose el cinturón de un albornoz tan corto que dejaba al descubierto sus piernas irreprochables.

Sonrió a Paul mientras cogía el teléfono:

—Eres muy amable, Paul.

—Sí, al paso que voy me van a nombrar el hombre más gentil del año —y luego agregó con voz opaca—: Y el más idiota.

Linda habló por teléfono:

—¿Sí, querido…? Estaré preparada en quince minutos… Desde luego, querido… Te adoro, querido…

Paul se encogió al oír la última frase, como si le hubiesen clavado un arpón. Linda, tras colgar, cruzó los brazos y miró a Paul.

—Mi esposo me ha dado una sorpresa. Creí que se quedaría en París, pero su jefe le dio tres días de per miso.

—¿Por qué siento antipatía por los jefes? —dijo él levantándose. Linda le puso una mano en el hombro.

—Paul, lo que has hecho por mí no lo olvidaré fácilmente.

Antes de que Riviere pudiese decir algo, ella lo besó en los labios. Paul sacudió la cabeza.

—Hasta la vista, Linda, y acepta un consejo, cuando tengas que mojarte, utiliza el baño.

CAPÍTULO V

Paul se encontró con Bruno en el vestíbulo del hotel en el que se hospedaban.

—Eh, Paul, no la encontré.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A Didí.

—Eso es que conoció a alguien más guapo que tú.

—Eh, que no estaba yo con ella. Eras tú quien le hacía compañía.

—Tuve que salvar a una muchacha.

—¿Por qué volviste? No te esperaba hasta mañana.

—Pregúntaselo a su marido —dijo Paul y se dirigió hacia el bar.

—¿A su marido? —dijo Bruno haciendo un amargo gesto—. Mala suerte… Seguidamente se reunió con Paul ante la barra.

—Un *whisky* —pidió Paul.

—Otro *whisky* —dijo Bruno.

Bebieron un trago y luego Bruno dijo, mirando con un solo ojo a Paul porque el otro lo tenía cerrado:

—Paul, quisiera saber quién me gastó la broma.

—¿Qué broma?

—Alguien me envió a un botones diciendo que me esperaba Gaston Marnas, pero resultó falso. Gaston nunca estuvo en este hotel.

—No hace falta que me mires así. Fui yo y lo hice en legítima defensa.

—Y ahora ninguno de los dos tenemos a Didí. De pronto oyeron una voz femenina a su lado:

—Ustedes deben ser Paul Riviere y Bruno Nussac.

Los dos se volvieron y quedaron perplejos porque ante ellos

vieron una joven de unos veinte años, una morena de belleza escalofriante.

—Les he oído hablar de Didí, e imagino que se refieren a Didí Morel.

—Así es —asintió Paul.

—Yo soy Desirée, su hermana. Didí me habló de ustedes. Se estrecharon la mano y luego Desirée dijo:

—Estoy preocupada por Didí. He ido a su apartamento y no la encontré. En el registro, cuando estaba preguntando, un amigo de Didí se me acercó. Se llama Henri Vial. Me ha explicado algo increíble.

—¿De qué se trata, Desirée?

—Henri Vial vio a Didí dirigirse a la playa de estacionamiento con dos señoras de unos cuarenta años… Henri invitó a Didí a cenar y ella le dijo que tenía que ir a Marsella porque le acababan de anunciar que su hermana Desirée había sufrido un accidente. En seguida, Didí se metió en el coche con las dos mujeres.

Bruno se pegó una palmada en la frente.

—Ahora todo está explicado. Por eso no pude encontrarla.

—Pero, señor Nussac, yo no he sufrido ningún accidente. Bruno parpadeó confuso.

—Perdónelo, Desirée —dijo Paul—. El fuerte de Bruno es la musculatura.

—Si usted es el que piensa, dígame, ¿qué está pasando?

—No lo entiendo.

—Me decepciona, Paul. Creí que tendría una respuesta.

—Yo estaba con Didí hace cosa de media hora… Le untaba la espalda con aceite, cuando… —Paul se interrumpió.

—Continúe, señor Riviere.

—Invita a Desirée, Bruno. En seguida vuelvo.

Paul bebió de un solo trago su *whisky* y echó a andar a paso de carga.

* * *

Paul llamó a la puerta con los nudillos.

Ésta se abrió. En el hueco estaba Linda Harvey.

Paul vio una maleta en el suelo, y la joven estaba preparada

para abandonar la habitación.

—¿De viaje?

—Sí —contestó ella, la barbilla ligeramente levantada.

—¿No llegó tu esposo?

—Oh, sí, desde luego, pero hemos decidido irnos de aquí. Hay demasiada gente.

—Comprendo. Necesitáis la soledad.

—Paul, adivino en tu tono cierta ironía.

Paul entró en la habitación y cerró a sus espaldas.

—No puedo hacer esperar demasiado a mi esposo, Paul.

—No hay tal esposo.

—¿Eh? ¿Cómo dices?

—He preguntado abajo. Tu marido no ha llegado.

—Claro que no ha llegado. Me telefoneó.

—¿Desde dónde?

—Desde el aeropuerto. Me espera allí. ¿Ya estás tranquilo? Paul se fue hacia el mueble bar.

—Paul, tengo que marcharme. Si quieres quedarte es cuenta tuya. Ya nos veremos algún día, ¿eh?

—Sólo te entretendré un minuto, Linda.

Paul se sirvió una ración de *whisky*, y se volvió hacia la joven, que lo observaba con las cejas enarcadas.

—¿Por qué la habéis raptado?

—¿Raptado? ¿De qué hablas?

—Secuestrasteis a Didí Morel.

Linda hizo un gesto de asombro y, de pronto, se echó a reír cubriéndose la boca con la mano.

—Paul, ¿hablas en serio?

—Absolutamente.

—Entonces no te entiendo una palabra. No sé quién es Didí Morel, como es natural, tampoco comprendo ese rapto del que hablas.

Paul se encaminó hacia la joven con el vaso en la mano, haciendo mover su contenido, el *whisky* con los cubitos de hielo, la otra mano en el bolsillo del pantalón. Se detuvo cerca de Linda.

—¿Sabes cuál es mi profesión?

—No.

—Apuesto a que sí.

—Te he dicho que no… Pero ya empiezo a creer que tienes una en especial, la de entrometido.

—Soy Paul Riviere, agente de la Investigación Estratégica, Sección del Servicio de Contraespionaje Francés.

—¡No!

—Sí, querida. Un compañero y yo estamos en Cannes de vacaciones. Hicimos un buen trabajo y el jefe nos quiso dar un premio.

—Enhorabuena, suponiendo que todo lo que digas no sea una fábula, porque no creo que los de tu profesión lo vayáis pregonando a los cuatro vientos.

—No. Sólo lo decimos en un caso excepcional, y esta vez lo es.

—Ahora te comprendo. La excepción es el secuestro del que, según tú, soy la cómplice.

—¿Por qué la seguridad?

—Eres una chica con un cuerpo muy proporcionado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Apuesto a que sabes nadar. No lo pensé al principio, pero luego recapacité. Llegaste a un lugar demasiado profundo.

—El mar me arrastró.

—En ese momento allí no había ninguna corriente. El mar estaba tranquilo. Apuesto a que llegaste nadando hasta aquel sitio, y luego te pusiste a dar gritos de socorro.

—Voy a admitir todo eso. ¿Cómo iba a suponer que tú vendrías a salvarme?

—Quizá, porque, como ya te dije, conoces mi profesión. Yo iría en tu busca para salvarte. Y admitiendo que no conocieses realmente mi identidad, contaste con que se armaría un poco de jaleo por allí y yo me apartaría de Didí. De esa forma, tus dos cómplices se llevarían a Didí, diciéndole que su hermana Desirée había sufrido un accidente.

Los dos se miraron sonrientes, como si ambos se encontrasen satisfechos de aquel duelo que estaban sosteniendo.

Paul sacó su paquete de cigarrillos que alargó a Linda.

—¿Fumas?

—No. Prefiero los míos.

Paul se puso un cigarrillo en los labios y Linda abrió su bolso.

Pero no sacó sus cigarrillos, sino una pistola con la que apuntó a

Paul.

CAPÍTULO VI

—Usas unos cigarrillos demasiado grandes, Linda. —Eso parece.

—¿Los hacen especiales para ti?

—Eres un tipo muy chistoso.

—Anda, dime, ¿a qué lugar llevaron tus cómplices a Didí?

—No te lo diré.

—¿Por qué la raptasteis?

—Tampoco lo sabrás.

—¿Qué mal hay en que lo sepa puesto que ahora me vas a pegar un tiro?

—De eso no te librarás.

—Conocías mi identidad.

—Sí.

—¿Quién te lo dijo?

—Mi jefe.

—¿Quién es tu jefe? Ella sonrió.

—Nos tienen prohibido que hablemos de él.

—¿A ti y a quién más?

—A todas las chicas.

—¿De modo que sois un montón de chicas que estáis al servicio de un jefe? Caramba, me gustaría estar en su lugar. Si todas son como tú, claro —Paul la repasó de pies a cabeza—. Eres algo sensacional.

—Gracias —dijo ella.

—Justicia que te hago —dijo Paul y saltó sobre la joven.

Le pegó con el filo de la mano en la muñeca armada y, mientras iba por el aire, dejó caer el vaso de *whisky*.

Linda pegó un chillido perdiendo la pistola, justo cuando su cuerpo y el de Paul entraban en contacto.

Los dos rodaron por el suelo y, al separarse, Paul dijo:

—Eh, Linda, no quiero pelear contigo. Eres una mujer.

Paul se arrepintió de haber dicho aquello porque Linda se levantó como un rayo, lo tomó por el brazo y, haciendo palanca con él, le obligó a dar una tremenda voltereta en el aire.

Paul estrelló las espaldas contra el suelo, pero gracias a su agilidad había impedido que le fracturasen el brazo.

Vio que Linda corría hacia la pistola y se lanzó sobre los pies de la muchacha.

Linda cayó otra vez.

Paul se echó, encima de ella y la aplastó de bruces sobre la alfombra, poniéndole dos dedos en el cuello.

—Cuidado, nena. No te muevas o tú misma quebrarás un par de tus preciosas vértebras.

—¡Canalla!

—Oh, sí, yo soy un canalla por impedir que me pegaras un tiro.

—Me haces daño.

—Te haré más si no me hablas de todo eso que me estabas cantando…

—No hay nada que decir.

—Te refrescaré la memoria, ricura. Estábamos hablando de una organización de chicas que son dirigidas por un jefe.

—¡Vete al infierno!

—Eres tú la que te vas a ir si no cantas.

—¡Soy una mujer!

—Eso es pura apariencia. Durante los últimos minutos me he dado cuenta de que eres un diablo. Habla de una vez, Linda. ¿Quién es el jefe? ¿Adónde llevasteis a Didí?

En ese momento se abrió la puerta.

Paul volvió la cabeza y vio entrar a tres mujeres, una detrás de otra. Cada una de ellas no debía de tener más de diecisiete años. Se cubrían con pantalones negros y jerseys, pero éstos eran de distinto color, una lo llevaba verde, la otra rojo, y la tercera amarillo.

—¡Muchachas! —gritó Linda desde el suelo—. ¡Acabad con él!

Paul se levantó rápidamente. No llevaba pistola y retrocedió unos pasos sonriendo a las recién llegadas.

—Qué monería de chicas. ¿Adónde os metisteis? El bueno de Paul no os encontró por ninguna parte.

Las tres bellas jóvenes eran atractivas, seductoras, tanto como Linda.

Las tres a una echaron a andar hacia Paul como sincronizadas por un mismo resorte.

—Eh, chicas, ya sé lo que sois —dijo Paul mientras seguía retrocediendo—. Formáis parte de un conjunto de teatro. Eso es. Pertenecéis a un *ballet*.

—Convertidlo en una piltrafa —dijo Linda, que se había levantado del suelo.

—Eh, muchachas —repuso Paul—. Soy un enemigo de cuidado. No le hagáis caso a Linda. Puedo haceros pupa. Soy un tipo la mar de duro. Preguntad por ahí. Paul Riviere no tiene compasión con sus enemigos.

Una de las muchachas, la del jersey verde, atrapó el brazo derecho de Paul y la del jersey amarillo lo tornó por el izquierdo. Las dos a una tiraron hacia abajo.

Paul fue lanzado hacia el techo a través de la estancia.

Tenía que aterrizar y lo hizo dando vueltas en el suelo hasta chocar contra la pared. Quedó un poco conmocionado. Vio que las tres chicas se habían convertido en seis. Dos suéteres amarillos, dos verdes y dos rojos…

—Eh, ¿qué infiernos…? Sois demasiadas…

Logró enfocar la imagen y se unió cada pareja. Seguían siendo tres. Se levantó de un salto.

—Bien, muchachas, yo también puedo enseñaros judo y karate. La del jersey rojo se abalanzó hacia él.

Paul le pegó en la clavícula con la mano abierta.

La joven dio un grito y se inclinó hacia delante. Pero fue por pocos segundos porque en seguida lanzó un gancho contra la mandíbula de Paul.

Éste retrocedió hacia la pared y, al verse encima a las tres muchachas, se arrojó hacia ellas.

Los cuatro cuerpos trabados rodaron por el suelo y abatieron en su camino a Linda.

El aire se llenó de alaridos y chillidos femeninos.

—¡Acabad con él! —gritó Linda.

Paul se desembarazó de unos brazos que trataban de enroscarse en su cuello, y no era precisamente en un acto de amor, pero otro le

pegó un golpe en la cabeza y estrelló la cara contra el suelo. Otra vez quedó inconsciente.

La del jersey verde preguntó:

—¿Lo matamos ya?

—Sería sospechoso —contestó Linda—. Arrojadlo por la ventana para que parezca un suicidio.

Las tres jóvenes que obedecían las órdenes de Linda atraparon a Paul en volandas.

Paul habló sumergido todavía en la semiinconsciencia:

—Así es como me gusta que me traten. Con amor —y sonrió beatíficamente. Las jóvenes se dirigieron hacia el balcón que fue abierto por Linda.

El aire fresco acabó de despertar a Paul.

—Eh, ¿qué vais a hacer?

—Vas a volar —contestó Linda.

—¡No soy ningún pájaro! ¡Lo juro…! ¡Dejadme que vaya a por mis alas de reglamento!

—No hay tiempo, Paul… Hasta nunca —dijo Linda e hizo chascar los dedos. Fue la señal definitiva.

Las tres jóvenes que estaban dando impulso a Paul hacia delante y hacia atrás lo arrojaron por el balcón.

Paul soltó un alarido de muerte, y desapareció tragado en el aire. La del jersey rojo dijo con un suspiro:

—Era un buen mozo.

—Encantador —dijo la del suéter verde.

—Delicioso —dijo la del jersey amarillo.

—¡Silencio! —ordenó Linda—. He sido encargada de dirigiros y no consentiré que un hombre os enternezca. Tenéis que recordar que el amor nos está vedado, excepto con los hombres poderosos de más de cincuenta años, y que, gracias a eso, seremos las dueñas del mundo. Este asunto está liquidado. Vámonos.

CAPÍTULO VII

Paul estaba un balcón más abajo.

Había caído sobre la grupa de un caballo.

Pero aquel apartamento no era una cuadra. Se trataba de un caballo de madera de los que usan algunas personas gruesas para disminuir grasa y, al caer sobre él, lo había puesto en movimiento, quizá porque había roto el mecanismo.

El hombre gordo apareció por el balcón. Se cubría con unos pantalones cortos y debía pesar unos ciento veinticinco kilos sin contar las zapatillas. Estaba con la cabeza vuelta hacia el interior de la habitación mientras decía:

—En seguida me reúno contigo, querida. En cuanto haga mis quince minutos de equitación.

Una voz femenina le contestó:

—No sé por qué haces esas tonterías. A ti no hay quien te rebaje un gramo.

El hombre gordo exhaló el aire de sus pulmones y levantó distraídamente una pierna para subir al caballo.

Pero se quedó de muestra porque el caballo ya estaba ocupado, y además había emprendido una desenfrenada carrera.

—Eh, ¿qué hace usted ahí?

—¿No es éste el *derby*? —dijo Paul Riviere.

El gordo entornó los ojos y por fin bajó la pierna y se acercó rápidamente al hueco de la habitación.

—Marcelle, lo acabo de encontrar.

—¿A quién?

—A tu amante, y está a caballo.

—Pero qué bruto eres…

La mujer apareció. Era una rubia platino de unos treinta años,

que conservaba toda su hermosura y atractivo. Se cubría con un batín con mucha pluma.

Al ver a Paul en el potro mecánico, se quedó perpleja.

Paul Riviere saltó de aquella condenada grupa, pero todavía se movió siguiendo el ritmo del galope, cruzó entre marido y mujer, y fue en busca de la salida.

—¡Marcelle! —gritó el gordo—. Todavía estoy esperando una explicación.

—¡Pero si no la hay!

—Cuando la encuentres te estaré esperando en casa de mi madre…

* * *

Paul llegó a la barra del bar donde lo esperaban Desirée Morel y Bruno.

Todavía hizo un movimiento reflejo a consecuencia del potro mecánico. Al fin logró enderezarse.

—Eh, Paul, ¿con quién peleaste? —preguntó Bruno—. No te lo creerías.

—Inténtalo.

—Con cuatro mujeres y un caballo. Bruno arrugó la nariz.

—Qué raro. Cuatro mujeres… ¿Quién ganó?

—Ellas.

—Entiendo, el caballo les echó una mano.

—Olvídalo, Bruno. Hay algo más importante. Didí. Desirée intervino:

—No hice otra cosa que ocuparme de ella.

—¿Y qué me puede decir?

—Pensé que había olvidado a mi hermana.

—Imagino que es usted una chica valerosa.

—¿Didí muerta? ¡Oh, no…!

—No. Sólo fue secuestrada, como usted dijo. —¿Para qué?

—Es algo muy extraño…

—¿A qué se refiere?

—Será mejor que me deje algún tiempo para investigar.

—¿Quiere decir que tiene una pista?

—Es posible.

—Entonces tengo derecho a saber más. Paul la tomó por los brazos.

—Desirée, debe tener confianza en mí. Ahora no le puedo decir nada. Esto va a ser cuenta de Bruno y mía, Le voy a sugerir una cosa, ¿por qué no se hospeda aquí? En cuanto pueda, me pondré en contacto con usted.

—Pero tengo que avisar a la policía.

—No lo haga todavía.

—¿Por qué no?

—¿No sabe lo que hacen los secuestradores cuando se ven perseguidos?

—¡Oh, sí! ¡Matan a sus víctimas!

—Hágame caso, Desirée.

La joven sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien. Me hospedaré aquí. Pero prométame que irá pronto a mi habitación.

—Prometido.

La joven dio la vuelta y fue hacia el registro. Paul hizo una seña al camarero.

—Un *whisky* doble y otro triple.

—Eh, muchacho, ¿es que te vas a emborrachar?

—El triple es para ti. Quiero que comprendas lo que te voy a decir.

—Estupendo, Paul. Ya sé lo que me vas a proponer. Que nos vayamos de juerga con esas cuatro mujeres a que te referiste antes.

El camarero sirvió el *whisky* doble y el tripe y Paul dijo:

—Bruno, se acabaron nuestras vacaciones.

—¿Quieres decir que el comandante Ferniot nos mandó llamar?

—No. Se trata del secuestro de Didí. Vamos a atrapar a los que lo hicieron.

—Prefiero la idea de Desireé. Te lo iba a decir antes. Debe intervenir la policía.

—Nosotros también somos policías, y Didí era amiga nuestra. ¿Vas a permitir que le hagan daño?

—Claro que no.

—Entonces, tendremos que ponernos en marcha.

—¿Contra quién?

—Contra una extraña organización de muchachas.

—¡Mujeres! —exclamó Bruno y su rostro se iluminó.

—Sí, Bruno. Y te aseguro que son de lo más bonito que hay en el mundo.

—Demonios, les pediré que me secuestren a mí.

—No. Será mejor que renuncies a eso desde ahora. Lo pasarías muy mal.

Paul se interrumpió. Había visto una joven que debía tener también diecisiete años en compañía de un hombre grueso de unos cincuenta años. Lo reconoció. Era el ministro de Finanzas de un país occidental.

Pero dejó de prestar atención al ministro para prestársela a la chica. Sintió una extraña sensación.

—Bonita chica, Paul —comentó Bruno, que estaba mirando a la muchacha.

—Sí, lo es. Y me recuerda por muchos motivos a Linda, la chica que salvé del mar, y a las otras mujeres. Todas tienen los ojos verdes, rasgados, muy hermosos, brillantes.

—Como las gatas, ¿eh?

—Exacto, Bruno, pero sus zarpas son como tigresas.

—Se van a la calle.

—Vamos a seguirlos.

Bebieron el contenido de sus vasos y fueron en pos del ministro y su joven acompañante.

Llegaron al puerto.

—Bruno, te voy a asignar un papel.

—Dime, ¿cuál es?

—Te vas a ocupar de él.

—Oh, sí, y tú te vas a ocupar de ella. Prefiero que cambiemos.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. Esta vez no se trata de una conquista.

—Está bien. Pero siempre ganas. ¿De qué quieres que hable con el ministro?

—Has de tratarlo como si lo conocieses. Se llama Von Chaufen. Dile que lo conociste en Roma.

—¿Y si no ha estado en Roma?

—Ha tenido que estar en Roma. No te preocupes. Háblale de cualquier tema.

—Está bien. Allá voy.

Bruno se acercó a Von Chaufen y a la joven, que se habían detenido para ver el espectáculo que se ofrecía en el mar, el esquí acuático practicado por hermosas muchachas en bikini.

Bruno tocó en el hombro al ministro, el cual volvió la cabeza.

—Yo lo conozco a usted —dijo Bruno. El ministro frunció el ceño.

—No lo recuerdo.

—Fue en Roma.

—¿Cuándo?

—La primavera pasada.

—Yo no estuve en Roma la primavera pasada.

—Pues fue una lástima. Hizo un tiempo precioso, y las romanas estaban de miedo.

—Pero ¿qué es lo que dice?

—¡Ya sé dónde nos hemos conocido!

—¿Dónde?

—En París, en las carreras. Usted estaba con una yegua de campeonato, quiero decir con una rubia despampanante.

—Señor como se llame, cuando he estado en París, yo no he ido con ninguna yegua, quiero decir con ninguna rubia.

A Paul le había llegado el turno. Cogió a la joven acompañante del ministro y tiró de ella.

—Eh, ¿qué hace usted? —preguntó la joven volviéndose.

—Quería preguntarle por el paradero de Linda.

—¿Linda? ¿Qué Linda?

—Linda Harvey.

—No conozco a ninguna Linda Harvey.

—Está mintiendo.

—¿Cómo se atreve?

—Lo he leído en sus ojos.

—Lee en los ojos de los demás, ¿eh?

—En los de ustedes sí. Me refiero a los de Linda y a los de las chicas como usted.

—Oiga, debe estar loco.

—Hay algo más. Cuando yo saqué a Linda del mar, ella y usted cambiaron una mirada. No le di importancia al principio, pero ahora sé qué significa aquella mirada. Ustedes se Conocían —Paul sonrió—. ¿Qué le parece el naipe que guardaba bajo la manga?

—Es un naipe falso.

—Sería mejor que colaborase conmigo. Está metida en un lío. Un secuestro no es un delito pequeño. Está muy castigado por la ley.

La joven se mordió el labio inferior. Miró al mar por donde no dejaban de pasar las muchachas con bikini que esquiaban.

—Hablaré con usted, pero no aquí. Vaya al yate pintado de azul, aquel que está al fondo.

—Ni hablar. No iré solo. Sino con usted.

—Pero estoy con un caballero.

—El caballero está con mi amigo. Bruno decía en aquellos momentos:

—Ya sé dónde lo vi, amigo. En Estambul.

—Yo no he estado nunca en Estambul.

—En Londres.

Paul cogió a la joven del brazo.

—Vámonos. Su caballero discutirá mucho rato sobre geografía. Erika se dejó conducir.

Poco después llegaron al yate pintado de azul.

—Salte —dijo Erika.

—Tú primero.

Ella saltó y a continuación lo hizo Paul. Allí no se veía a nadie.

—¿Cuál es tu nombre, muchacha?

—Erika. ¿Me das un cigarrillo?

Paul sacó el paquete de cigarrillos y se lo dio.

—Empieza a hablarme de Linda y su secuestro.

—En seguida, en cuanto encienda el cigarrillo.

Paul le ofreció la llama del encendedor y Erika lo prendió a largas chupadas. Mientras tanto, sus ojos miraban a una de las jóvenes que hacía esquí acuático. Erika ya había encendido, y de pronto, se le cayó el paquete de cigarrillos.

Paul se agachó para coger el paquete. Entonces, Erika le soltó un empellón.

Paul hizo esfuerzos para no caer en el mar, agitó los brazos en el aire, pero Erika lo empujó otra vez, y el agente del servicio francés terminó de caer, zambulléndose en el mar.

Cuando reapareció en la superficie gritó:

—¡Ahora sabrás quién soy yo!

—Anda, acércate —dijo Erika.

Paul la miró y la vio con un palo que terminaba en un garfio.

—Ya nos ocasionaste demasiadas molestias, sabueso. Erika abatió el brazo con el garfio para clavarle el hierro.

Paul se retiró muy aprisa y por pulgadas no fue alcanzado por el acero.

No podía subir al yate, porque Erika estaba dispuesta a atravesarlo como a un cachalote.

Oyó el ruido fuerte de un motor y vio una lancha que se dirigía hacia él. Arrastraba una de aquellas muchachas que practicaban el esquí acuático.

Paul se zambulló desesperadamente. La lancha pasó por encima.

Al subir a flote, vio que la joven también había pasado, pero ella volvió la cabeza y Paul sintió que el cuerpo se le helaba porque era una de aquellas muchachas que habían peleado con él en la habitación de Linda, la del jersey verde.

La chica sonrió enseñándole los dientes cortantes como los de una fierecilla salvaje.

Paul se dio cuenta de que, al zambullirse, y por efectos del paso de la canoa, se había alejado más de la orilla.

¡Y allí llegaba una segunda lancha arrastrando a otra esquiadora, la del jersey amarillo!

La canoa venía trazando eses, quizá para no fallar.

Paul supo que, en el último momento, la lancha se lanzaría sobre él. No cometió, el error de zambullirse porque, al reaparecer, sería embestido por la embarcación.

Tenía que esperar hasta el último momento.

CAPÍTULO VIII

La canoa trazó una última curva y se fue derecha contra Paul. Paul se sumergió dándose impulso con todas sus fuerzas.

Esta vez estuvo a punto de no contarlo.

La embarcación pasó muy cerca de él y el remolino de agua le hizo dar vueltas vertiginosamente hundiéndolo más.

El aire huyó de sus pulmones. Se iba a ahogar.

Había llegado su última hora. Réquiem por un agente del Servicio de Contraespionaje en vacaciones. ¡Vivan las mujeres en bikini! ¡Mueran las de ojos verdes!

Tragó agua. Era salada, muy mala. Juró beber *whisky* durante el resto de su vida. Pero ¿qué resto de vida le quedaba? ¿Veinte segundos? ¿Diez?

Instintivamente, movió los brazos buscando el aire y el sol. Sobre todo el aire. Llegó a lo alto.

Había ocurrido el milagro. Qué bueno era respirar.

¡Ahora otra canoa pasó de largo a unos seis metros de él! Pero la esquiadora que iba detrás lanzó un chillido y Paul volvió la cabeza para verla.

Era la del jersey rojo.

Vio su cara muy lejos, pero se acercaba tan de prisa que, en unos instantes, pudo notar perfectamente sus rasgos faciales. Hermosos, sugestivos, como los de Lucrecia Borgia antes de servir el veneno.

Sus ojos verdes estaban agrandados y destellaban intensamente y su boca estaba abierta, asomando la punta de la lengua entre los cortantes dientes.

Comprendió lo que iba a pasar.

La del jersey rojo, lo iba a atravesar con uno de los esquís. Sí, eso era. Lo iba a clavar como una mariposa. Lo iba a pescar como

los submarinistas atrapan a los meros.

Paul se apartó en la última fracción de segundo, y se cogió a uno de los esquís. Fue arrastrado con terrible violencia.

El resultado fue que la asesina del jersey rojo que ahora llevaba un bikini del mismo color, lanzó un grito y se desprendió de los esquís.

Paul no supo cómo pudo ocurrir. Llevado por aquel impulso irresistible se encontró en lo alto de los esquís y chocó contra la chica del bikini rojo.

Ella saltó zambulléndose en el mar.

El lugar de la esquiadora había sido ocupado por Paul, que lanzó un grito de triunfo.

Sí, ahora podía respirar a pleno pulmón.

Se fijó en la canoa, y borró la sonrisa porque la embarcación era conducida por una de aquellas chicas de ojos verdes y no dudó que sería tan asesina como Linda.

En pocos segundos la canoa aumentó la velocidad. Paul estuvo indeciso para arrojarse.

Y ya era demasiado tarde.

La canoa se había metido por entre las embarcaciones del sector del muelle destinado a ellas.

Comprendió las intenciones de la nueva criminal. Estrellarlo contra uno de los yates.

Ya se iba sobre uno de ellos que era enorme, tanto que le pareció el trasatlántico *France*.

Paul soltó un alarido y levantó uno de los esquís.

Sobre una sola pierna, pasó rozando la embarcación contra la que la joven de la canoa quería convertirlo en una piltrafa.

Pero ahora la canoa hizo un nuevo zigzag y Paul se fue hacia el otro lado, contra otro de los yates.

Fue milagroso que éste se hallase también en movimiento.

Paul volvió a librarse, pero pasó tan cerca de la proa que tuvo la sensación de que el yate iba a abrir la boca para morderlo.

Al fallar por segunda vez, la lancha corrió hacia la playa, aunque se apartó en el último momento, pero Paul entró en la arena con los esquís lanzando un prolongado aullido.

Allí estaban pintando un yate tres obreros.

Paul lo arrolló todo, botes de pintura y hombres encargados de

hacer el trabajo. Al fin se detuvo en su marcha vertiginosa. Se había puesto de pintura de la cabeza a los pies. Pintura roja, azul, verde y amarilla…

Se levantó y la pintura le chorreó por todas partes. Bruno llegó corriendo junto a él.

—Eh, Paul, de buena te libraste.

Paul no tenía fuerzas para responder. Echó a andar.

Bruno le gritó:

—Eh, ¿adónde vas, Paul?

—A que me contrate Picasso.

* * *

Paul Riviere se estaba duchando. Oyó que la puerta se abría.

Rápidamente, se cubrió con una toalla y agarró la pistola que había dejado al alcance de su mano.

No estaba dispuesto a consentir una nueva sorpresa. Salió al dormitorio y vio a Desirée Morel.

Ella dio un respingo.

—Eh, ¿por qué me apuntas con la pistola?

—Ya no me fío de nadie.

—¿Intentaron matarte?

—Como una docena de veces.

—¿Quién?

—Las chicas que componen la banda que secuestró a tu hermana.

—Pero eso me parece absurdo. ¿Por qué unas chicas iban a secuestrar a mi hermana?…

—Tengo ya una teoría.

—Suéltala.

—Quieren incorporar a Didí a su grupo.

—Pero ¿qué pretenden esas chicas?

—Una de ellas, que se llama Erika, acompañaba al ministro de Finanzas de un país occidental. Hasta ahora ese hombre se caracterizó por su austeridad y por otras virtudes. Gracias a ellas, y a la ayuda americana, sacó a su país de la ruina. De pronto aparece aquí, y con una muchacha que pertenece a esa pandilla.

En aquel momento se abrió la puerta del *living*.

Paul echó a correr con la pistola en la mano.

—Apártate de ahí, Desirée.

La joven le dejó el paso libre, pero Paul se detuvo y dio un suspiro porque esta vez tampoco tenía necesidad de utilizar la pistola. El recién llegado era Bruno.

—¿Has conseguido información? —le preguntó Paul.

—Sí, bastante. Estabas en lo cierto… Durante las últimas seis semanas fueron denunciados diez secuestros. Y asómbrate. Todas las muchachas secuestradas tenían la misma edad.

—Diecisiete años.

—Ajá.

Desirée intervino:

—Eh, ¿de dónde sacaste esa información, Bruno?

—De la Interpol.

—Continúa, muchacho —dijo Paul—. ¿Qué más has sabido?

—Una de las secuestradas es una tal Erika Stonejam. Hicieron el trabajo en Berlín.

—Ya conoces a Erika. ¿Qué más?

—No se ha sabido de ninguna de ellas, excepto de una.

—¿Quién?

—Una italiana llamada Rossana Monti.

—¿Qué pasó con ella?

—La policía de Milán creyó identificarla, pero no le sirvió de nada porque Rossana se le escurrió entre los dedos.

—¿Dónde fue vista?

—Nada menos que en la ópera de Milán. Y estaba en compañía de un tipo podrido de dinero, un millonario, el dueño de unas importantes fábricas que tienen sucursales en varios países de Europa y de América, y es el presidente de un equipo de fútbol. Luigi Marinetti.

—De acuerdo. La chica se libró. ¿Y qué fue de Marinetti?

—Se marchó de vacaciones.

—¿Adónde?

—Nadie lo sabe. Pero te falta conocer algo muy importante. El señor Marinetti se largó cuando era más necesario. Tenía que firmar unos contratos decisivos para la sociedad. Lo eran tanto, que al no firmarse los compromisos, las acciones de la Marinetti se han desplomado en la bolsa, y según dicen, van a la ruina de la firma y

de otras ramas importantes. Me han dicho que ha cundido el pánico financiero en Milán, en Roma y otras importantes ciudades italianas. Los sindicatos dicen que irán a la huelga en el plazo de unos días.

Paul se quedó pensativo, pellizcándose la barbilla.

—Tendré que hablar con el jefe, Bruno.

CAPÍTULO IX

El comandante Bernard Ferniot, jefe de la Investigación Estratégica, Sección del Servicio de Contraespionaje Francés, estaba sentado tras su elegante mesa, que brillaba como un espejo. Tenía ante sí una carpeta cuyo epígrafe decía: «*Dossier* absolutamente secreto».

Abrió el *dossier*, ante sus ojos apareció la fotografía de una pelirroja sensacional, con poca ropa.

El comandante dio un suspiro observando la figura prodigiosa de la pelirroja. Atrapó uno de los cuatro teléfonos que había sobre la mesa, y con una sonrisa en los labios, marcó un número.

—¿Wanda…? Soy yo, Bernard… Querida, ¿cómo podía olvidarte? —Al tiempo que decía aquello, el comandante Ferniot estaba mirando a la pelirroja de la foto—. Desde luego, querida… Esta noche cenaré contigo.

En ese momento sonó el teléfono.

El comandante Ferniot interrumpió su diálogo con Wanda, sin colgar, para escuchar a su secretaria.

—Comandante, ha llegado una señorita. Su nombre es Linda Harvey. Trae una recomendación del prefecto.

—Oh, sí. El prefecto me habló por teléfono. Quiere que le dé trabajo… Está bien, déjela pasar. Pero interrúmpanos dentro de un par de minutos. Me despediré con la excusa de que no puedo hacer nada por ella.

—Sí, comandante.

Ferniot cerró la llave del interfono. Wanda estaba gritando a la otra parte.

—Sí, querida, estoy aquí. Una interrupción… Ya sabes que soy un hombre muy ocupado —miró otra ve/, la fotografía de Wanda en la revista.

La puerta se abrió.

El no conocía a Linda Harvey.

Ferniot alzó los ojos y miró a su visitante. Pero se trataba de ella.

Era la jefe del grupo de muchachas que debían adueñarse del mundo conquistando a las personas que actualmente lo dirigían.

El comandante Ferniot se había convertido para ellas en un enemigo peligroso, no por él mismo, sino porque era el jefe de los hombres, Paul Riviere y Bruno Nussac, que se habían interpuesto en su camino y a quienes hasta ahora no habían podido liquidar, y que a cada hora que pasaba se convertían en sus más peligrosos rivales.

—¿Comandante Ferniot? —dijo Linda con una sonrisa encantadora.

—¡Sí, yo soy! —Casi gritó Ferniot por temor a que alguien usurpase su puesto en aquel momento.

—Soy Linda Harvey, la recomendada del prefecto.

—Maravillosa —dijo Ferniot, sin poder contenerse.

Wanda estaba al otro lado y Ferniot se dio cuenta porque la oía gritar.

—Sí, querida, claro que te lo decía a ti, querida… Ahora estoy ocupado. Un asunto vital. Ya lo sabes, esta profesión es la más ingrata del mundo… Sólo da malos ratos… Hasta la noche…

El comandante Ferniot colgó y sonrió a Linda, frotándose las manos.

Se levantó porque Ferniot sabía que su figura hacía estragos entre las mujeres. Era alto, elegante, rostro varonil, las sienes canosas, el perfecto galán otoñal, el Gary Cooper o el Walter Pidgeon de 1968.

Rodeó la mesa para salir al encuentro de su visitante y tropezó con la alfombra. Quizá lo hizo intencionadamente, porque fue a caer en los brazos de Linda.

El galán quedó en una postura muy ridícula, pero a él le gustó porque su cara fue a parar muy cerca de la de la joven.

—¿Está bien, comandante Ferniot?

—Muy bien, gracias a su oportuna intervención.

Ferniot se enderezó con notable pesar porque, gustosamente, habría permanecido allí un par de horas más.

—Estoy perpleja, comandante.

—¿Perpleja por qué?

—Por usted.

—No la entiendo.

—Hace un momento estaba asustada. Verá, creí que me iba a encontrar con un hombre viejo, huraño, con voz desagradable, y en cambio ahora…

—¿Ahora? —dijo Ferniot estirándose un poco.

—Usted es joven, simpático y su voz…

—Continúe.

—Y su voz tiene un tono persuasivo, agradable… Oh, perdone. Estoy hablando de usted cuando debería hablar de mí. Quiero decir de mis condiciones como secretaria.

Ferniot la repasó de pies a cabeza.

—Sus condiciones son inmejorables.

—¿Usted cree?

—Yo no he visto mejores condiciones ni siquiera…

—Ferniot se volvió para señalar al *dossier* y agregó: —Ni siquiera en ese *dossier*. En él se relata un asunto peligrosísimo en donde intervinieron mujeres que poseían cualidades muy interesantes.

—Es usted muy gentil —ella dio un paso hacia Ferniot diciendo —: ¿Me permite, comandante?

El comandante dijo:

—Sí, claro —y creyendo que Linda lo iba a besar hizo un hociquito. Ella le quitó algo de la solapa y lo sacudió en el suelo.

—Era sólo un hilo, comandante.

—Ya.

La joven dirigió una mirada a su alrededor y dio un suspiro.

—Comandante, usted es un hombre muy importante…

—Lo soy, aunque le resulte inmodesto.

—Oh, no es inmodesto por decir la verdad… ¿Quiere que hablemos de mi empleo?

—Desde luego… ¿Qué sabe usted hacer, Linda?

Ella entreabrió los labios y miró a los ojos de Ferniot.

—Todo, comandante.

—¿Todo?

Linda dejó correr unos segundos y repuso:

—Todo… Quiero decir que he seguido un curso de secretaria durante tres años, mecanografía, taquigrafía, idiomas…

—Perfecto. Queda admitida.

—¿Cómo ha dicho?

—Que será mi secretaria.

—Pero usted ya tiene una.

—Tengo cuatro. Yo necesito muchas secretarias. Soy un hombre que hace un trabajo muy intenso, intensísimo. Sí, señor. De vez en cuando, he de tomar vacaciones, de lo contrario, terminaría loco.

—Pobre comandante Ferniot…

—Empezará a trabajar hoy mismo.

—No puedo.

—¿Que no puede? ¿Por qué?

—He de ir a Marsella. Allí vive mi único familiar, mi tío. He de despedirme de él.

Pero sólo estaré en Marsella dos o tres días, si usted no tiene inconveniente.

—Oh, no, claro…

—Cuánto se lo agradezco —Linda le alargó la mano—. Esto que hace por mí no lo olvidaré nunca, comandante.

Los hermosos ojos verdes de Linda estaban otra vez fijos en los de Ferniot. Éste tosió con suavidad.

—Linda.

—¿Sí, comandante Ferniot?

—Me siento mal.

—Oh, Dios mío, ¿quiere que llame a un médico?

—No, quiero decir que ya me llegó el momento de tomar unas vacaciones… Ya sabe. Este trabajo ingrato, tan duro, tan intenso, tan cruel… Estaba pensando que, puesto que usted se va a Marsella, yo podría acompañarla, porque imagino que va sola.

—Desde luego. Voy sola.

—Se ofrecen muchos peligros a la juventud hoy día, especialmente a las chicas como usted…

—Qué encantador es usted. Quiere cuidar de mí.

—Ha empleado las palabras justas. Ella dio unos pasos hacia él.

—¿Puedo?

—¿Otro hilillo en la solapa?

—No, comandante. Quiero darle un beso de agradecimiento. Antes de que Ferniot se pudiese dar cuenta, Linda lo besó. Uno de los teléfonos de la mesa se puso a sonar.

Linda separó los labios unas pulgadas.

—Comandante.

—Cuidaré de usted, cuidaré de usted…

—El teléfono, comandante.

—No estoy.

—Pero puede ser algo importante.

Ferniot se volvió como un sonámbulo y buscó el teléfono que sonaba. Linda lo señaló.

—Es ése.

Bernard Ferniot le sonrió dándole las gracias. Cogió el auricular y dijo:

—Wanda, no cenaré contigo esta noche porque estoy a dieta.

—Comandante, no soy Wanda, sino Paul Riviere.

—¿Paul Riviere?

—¿No se acuerda de mí, comandante? Soy el insustituible agente a su servicio, gracias al cual recibe tantas menciones honoríficas en el Ministerio.

—Eh, Paul, ¿dónde diablos está?

—En Cannes.

—¿Qué hace en Cannes…? Oh, sí. Viendo películas. ¿Qué tal la última de Sofía Loren?

—Comandante, ¿qué le pasa?

—Nada. No me pasa nada, excepto que me estaba ocupando de un importante asunto que requiere toda mi atención. Por un momento usted me aturdió, Paul.

¿Por qué me molestó? Está de vacaciones. Disfrútelas, hijo…

—Eso hubiera querido yo, disfrutarlas con buena compañía, pero el destino ha ordenado otra cosa. Se trata de algo muy grave, comandante…

—Termine pronto. ¿Qué es ello?

—Una pandilla de mujeres quieren adueñarse del mundo.

—¿Cómo?

—Ha oído bien, comandante.

Ferniot soltó una carcajada y Paul dijo desde el otro extremo del cable:

—No se lo tome a broma, comandante. Le estoy diciendo una verdad tan grande como la catedral de Notre-Dame.

—¡Paul! —gritó Ferniot—. No estoy para soportar sus bromas.

—No se trata de una broma, comandante. Escuche bien… En diversos puntos de Europa, muchachas de diecisiete años se han relacionado con hombres importantes del gobierno, de las finanzas, de la industria… Esas muchachas obedecen un plan diabólico. Todas ellas poseen una gran belleza, y ponen en juego sus encantos para seducir a sus víctimas…

Ferniot rió de nuevo:

—Oiga, Paul, le he oído buenas fábulas desde que trabaja conmigo, pero ésa fue la mejor de todas. Palabras que sí.

—Comandante, puedo ofrecerle pruebas de lo que se proponen esas mujeres. Ferniot miró a Linda Harvey, la cual le sonrió y se sentó en el canto de la mesa, muy cerca, y dijo:

—Comandante, tengo prisa.

Bernard Ferniot cubrió el micro con la mano para que Paul no le pudiese oír.

—Es un tipo pesado, uno de mis agentes… En seguida acabo con él. No se preocupe.

—Cuanto antes, comandante —dijo Linda y, alargando su mano, pasó los dedos por la cabeza de Ferniot.

Mientras tanto, Paul había estado hablando por el micro. En ese momento dijo:

—Ahí tiene toda la historia, comandante, y no he exagerado absolutamente nada. Se la he contado imparcialmente.

Ferniot, que no había escuchado nada, preguntó:

—¿Qué quiere que yo haga, Paul?

—Que ponga toda la carne en el asador. Ferniot miró otra vez a Linda.

—Paul, le prometo que seguiré su consejo. Pondré toda la carne en el asador.

—Le volveré a llamar dentro de una hora para someterle un plan.

—Desde luego, Paul, desde luego —dijo Ferniot y colgó.

Se levantó y, al saltar Linda de la mesa, los dos volvieron a quedar muy cerca uno del otro.

—¿Qué le contó ese agente?

—Me habló de una pandilla de muchachas de diecisiete años que tratan de dominar el mundo. ¿No resulta gracioso…? Se lo he advertido muchas veces a Paul, que tuviese cuidado con las

mujeres. Algunas son el mismo demonio. Con tal de atrapar a un hombre, son capaces de inventar las historias más inverosímiles…

—Comandante, es usted tan juicioso… Se miraron otra vez a los ojos.

Bernard Ferniot tragó saliva.

—¿Vamos ya, comandante?

—Por favor, llámeme Bernard.

—Sí, Bernard —y Linda puso el último toque a su conquista besando al comandante con la escuela de dos mil años de seducción femenina.

CAPÍTULO X

Úrsula y Petra estaban jugando en Montecarlo a la ruleta. La bolita estaba saltando.

—¡Otra vez el ocho rojo! —gritó Úrsula entusiasmada.

Se produjo un gran murmullo entre los jugadores que rodeaban la mesa, sentados o de pie.

El *croupier* hizo un gesto como si alguien le hubiese colocado ante la nariz un arenque pasado.

Petra aplaudía.

—¡Vamos a saltar la banca…! ¡Déjalo todo, Úrsula…! El *croupier* enseñó los dientes y estiró el cuello.

—Hagan juego, señores —dijo y sonrió de nuevo, aunque le salió una sonrisa de condenado a muerte.

Uno de los jugadores que tomaba notas en un papel, dijo a su acompañante, una dama de cara caballuna:

—No es posible que salga otra vez el ocho rojo.

—Lo mismo dijiste antes.

—Pero cuatro veces seguidas no puede ser. Va contra la ley de probabilidades. Lo dice mi libro.

—¡A las dos ganadoras no les he visto ningún libro!

—Ahora fallarán.

—No va más —dijo el *croupier.*

Se produjo un momento de gran expectación. La bolita saltó. Se iba a meter en el casillero del doce. Era evidente. Pero la bola pareció detenerse y esperar a que llegase la casilla del ocho.

—¡Ocho rojo! —gritó Úrsula. Las dos mujeres se abrazaron.

El rostro del *croupier* adquirió un color pálido, cadavérico, y sus piernas se aflojaron. Hizo una señal y un empleado se acercó.

—Busque a Pitágoras Carasis. Rápido. Esto se pone feo.

—Sí, *monsieur* Darmont.

* * *

Pitágoras Carasis se encontraba en una de las terrazas del casino, en compañía de una hermosa y atractiva joven. Ésta era Didí, la hermana de Desirée Moret.

Ya estaba desempeñando sus funciones después de haber sido tratada en el laboratorio de la isla.

Su misión consistía en dominar a Pitágoras Carasis, famoso naviero griego, dueño de infinidad de negocios, entre ellos el del juego en muchos lugares del mundo.

Ahora, el millonario Carasis estaba ocupado en algo muy importante. Golpeaba el tacón del zapato de una mujer para clavarlo.

El zapato pertenecía a Didí Morel.

—Oh, no sabe cuánto lamento que se me haya roto el zapato para caer justo encima de usted.

Pitágoras levantó la mirada y contestó sonriente:

—Fue una suerte para mí. —¿Usted cree?

—Nunca había conocido a una joven tan encantadora. Ya está, creo que lo arreglé.

Entonces, Didí le alargó el pie descalzo.

Pitágoras lo tomó entre sus manos y sintió un escalofrío, porque estaba viendo algo más que el pie. Didí lucía un vestido minifalda de noche, todo de encaje, algo apasionante.

El millonario sintió la garganta reseca, y absurdamente, quiso poner el zapato al revés.

—Se equivoca, señor Carasis.

—Oh, sí, perdone —Pitágoras rectificó la posición del zapato—: Listo —se levantó con notable pesar.

—Le doy las gracias por su amabilidad —le sonrió Didí—. Y ahora adiós.

—Eh, no se vaya.

Ella ya se disponía a salir de la terraza, y se volvió pestañeando con un mohín delicioso.

—¿Por qué no quiere que me marche?

—¿Puedo hablar con sinceridad?

—Hágalo. Me gusta la sinceridad en los hombres.
—Su compañía me agrada. ¿Querría usted cenar conmigo?
—Estoy ya comprometida.
—Oh, lo siento.
—Pero podría cancelar mi cita.
—¿De veras?
—Ya está hecho.
Pitágoras la tomó por el brazo.
—Me hace usted el más feliz de los hombres.

* * *

—¡Ocho rojo! —dijo el *croupier*.
En la mesa se amontonaba el público que había acudido aquella noche al casino. El resto del local estaba vacío.
Algo inaudito estaba ocurriendo en la tercera mesa de la ruleta.
Dos mujeres desconocidas hasta aquel día, estaban haciendo el gran juego.
El *croupier* movía la cabeza a derecha e izquierda mientras gemía por lo bajo:
—Busquen al señor Carasis… Busquen al señor Carasis o mañana todos estaremos pidiendo limosna.
Úrsula y Petra se abrazaban, sonreían, aplaudían frenéticamente. El *croupier* se inclinó hacia ellas, tratando de ser amable.
—Señoras, quizá necesitan un descanso. La casa las invita a comer lo que quieran… Y a beber.
—No necesitamos comer ni beber, buen hombre —dijo Úrsula.
—Déle a la ruleta, barquillero —dijo Petra—. Todo al ocho rojo.
—¿Todo? —gimió el *croupier* y, sacando un pañuelo se lo pasó por la cara, por el cuello mientras decía—: Dios mío, ¿dónde estará el señor Carasis?

* * *

Pitágoras Carasis tenía una rodilla en tierra, delante de un diván, donde estaba sentada Didí, entre sus manos la diestra de la joven. Era una escena de amor muy *belle époque*.

—Didí, eres la suave brisa que yo necesitaba.

El balcón estaba ya abierto y las cortinas volaban por el aire porque entraba por allí un viento huracanado.

—Señor Carasis, nada de brisa, es una tempestad.

—Tú eres la primavera.

—Pues parece que llegó el otoño… Con su permiso me voy a levantar.

—¿Para qué?

—Para cerrar la ventana.

—¿Qué ventana?

—La que está ahí.

Didí saltó del diván y se acercó a la ventana.

Pero Pitágoras la siguió porque ya se había vuelto loco por aquella joven. Didí se enredó en una de las finas cortinas.

—¡Socorro! —dijo.

Pitágoras creyó llegado su momento y se echó sobre Didí, pero no para quitarle la cortina. La abrazó y la cortina, como si tuviese vida, enrolló a los dos, y aún quedó un trozo flotando.

En aquel momento se abrió la puerta y una voz femenina gritó:

—¡Pitágoras!

Didí y Pitágoras no se pudieron separar porque estaban perfectamente trabados por la cortina, y los dos a una, miraron hacia la mujer que estaba en el hueco de la puerta. Era gorda y sus ojos se desorbitaron contemplando la escena.

—Pitágoras, ¿me quieres decir qué significa esto?

El millonario se humedeció los labios con la lengua y de pronto exclamó:

—¡Ya lo recuerdo! ¡Quise quitar las cortinas! No me gustaban.

—Oh, sí, y ella entró por la ventana empujada por el viento —repuso la mujer con gran sarcasmo y luego agregó—: Recibirás mis próximas noticias por medio de mis abogados… Señorita, ya puede continuar quitando cortinas con mi esposo.

Diciendo esto, la mujer de Pitágoras Carasis alzó la barbilla con mucha dignidad y salió del salón.

—Señor Carasis, cuánto lo siento —dijo Didí.

—No lo sientas —dijo Pitágoras otra vez mirándola a los ojos, entusiasmado.

—Pero es su esposa y se divorciarán…

—Es lo que más deseo en estos momentos. Ser un hombre libre, libre para poner a tus pies todo cuanto poseo…

La puerta se abrió violentamente.

Pero esta vez no se trataba de la obesa señora Carasis. Era el *croupier* que parecía un hombre escapado de una batalla. Dos hombres lo sujetaban uno por cada brazo, porque él no tenía fuerzas para sostenerse.

—He oído sus últimas palabras, señor Carasis —dijo—. Pero si no se da prisa, no podrá poner nada a los pies de esta joven. Cuando yo salí de la tercera mesa, dos mujeres llevaban ganados cinco millones de francos…

—¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme de aquí! —gritó Pitágoras.

Los dos hombres que ayudaban al *croupier* soltaron a éste para ayudar a Pitágoras a salir de las cortinas, y el *croupier* se derrumbó.

Los dos empleados pusieron en juego toda su eficiencia para desenrollar a Pitágoras.

Pero, cosa curiosa, sólo tenían manos para la joven. Y en un momento determinado, Carasis salió rodando hacia el balcón y resultó que los dos hombres estaban sujetando a Didí.

Pitágoras se puso en pie.

—¡Didí! —gritó—. ¡Espérame! Es lo malo de ser un hombre imprescindible… ¡Todo lo tengo que solucionar yo…! ¡Todo…!

Y tras esas palabras, echó a correr hacia la puerta, y tras él fueron el *croupier* y los dos empleados.

Al quedar a solas, Didí se descolgó uno de los pendientes, el derecho.

—Didí, llamando a Úrsula…

En la ruleta, Petra y Úrsula seguían entusiasmadas. La segunda oyó un pequeño zumbido procedente del broche que prendía en su escote.

—Adelante, Didí.

—No hace falta que prosigáis. El pez cayó en mi red.

—Demonios, ahora que esto se ponía divertido… Petra, tenemos que dejarlo.

—Un poquito más.

—Hemos de hacer otro trabajo.

—Sólo una vez, Úrsula.

—Está bien. Una vez.

Ahora el *croupier* era un tipo rechoncho de bigote recortado, pero él también estaba sudando lo suyo. Se inclinó ceremoniosamente sobre Úrsula y Petra y dijo:

—¿Quizá ya se cansaron y han pensado continuar otro día?

—¡Todo al ocho rojo!

—¡Oh, no! —dijo el *croupier* con los dientes apretados, a punto de darle un ataque de histerismo.

Algunos fotógrafos disparaban sus máquinas fotográficas y una cámara de televisión filmaba los pormenores de aquel sensacional juego.

* * *

En el apartamento de Desirée Morel, ésta se hallaba en compañía de Paul Riviere y Bruno Nussac.

Los dos agentes paseaban, cruzándose por el centro de la estancia. Paul se detuvo, descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿A quién llamas, Paul?

—Al jefe. Le dije que le expondrían un plan a seguir.

A la otra parte sonó cinco veces la señal antes de que atendiesen la llamada.

—¿No está el jefe, Jacqueline…? ¿Adónde fue…? ¿Que no lo dijo…? ¿Una joven…? Jacqueline, ¿quiere describirme a esa joven…? —Paul la escuchó unos momentos, cerró los ojos y quedó escuchando en esa posición. Finalmente, abrió los párpados y dijo con voz ronca—: Gracias, Jacqueline.

Luego colgó.

Desirée y Bruno lo estaban mirando con gran interés.

—¿Qué pasó, Paul? —dijo Desirée—. ¿Mataron a vuestro jefe?

—Peor que eso. Ya lo engancharon.

—¿Qué? —gritó Bruno haciendo un gallo con la voz. Paul movió la cabeza de arriba abajo, mientras decía:

—Sí, Bruno. Justamente cuando hablé con el comandante la primera vez, él tenía una visita en el despacho, una joven de unos diecisiete años, esbelta, encantadora, sugestiva…

—Un bombón.

—Eso es, un bombón.

—Y con ojos verdes.

—Con ojos verdes.

Bruno se pegó una palmada en la frente y se dejó caer en un sillón.

—Dios mío, pero qué suertudo es ese comandante.

—Bruno, somos testigos de la mayor confabulación de todos los tiempos. Hombres importantes que tienen el poder en el mundo y que cuentan con cincuenta años o más, están siendo sometidos a un lavado de cerebro. ¿Y qué es lo que utilizan para hacer el lavado? No es el pentotal, ni otro elemento químico. ¡Utilizan la droga más efectiva que ha existido en el planeta desde nuestro primer padre Adán…! ¡Una mujer…!

—¿Y por qué no me drogan a mí con una de ésas, Paul?

—Ya te lo dije, porque se ha de ser importante. Bruno dijo con tristeza:

—Bonita forma de decirme que soy una basura. Me voy a ver la televisión. —Bruno se fue a la habitación de al lado.

Paul se detuvo ante Desirée y tranquilamente la atrapó por la cintura y la besó en la boca.

Ella echó la cabeza atrás.

—¿Por qué haces eso, Paul?

—Porque necesito pensar.

—¿Y piensas siempre así?

—Cada cual tiene su forma de hacerlo, y ésta es mi costumbre…

—Eres un fresco. Pero por salvar a mi hermana soy capaz de todo. De modo, que, sigue pensando a tu manera.

Paul la volvió a besar. Sintió que no quedaba aire en sus pulmones y retiró su boca. Desirée entornó los ojos y dijo:

—¿Ya te has cansado de pensar?

—No, cariño. Sólo que lo tomo con un poco de calma.

—Pues date prisa. Mi hermana puede estar corriendo un grave peligro.

—Oh, sí, perdona —dijo Paul y la volvió a besar, ahora con más fuerza que antes. Bruno abrió la puerta.

—Eh, Paul, está ocurriendo algo sensacional en Montecarlo. Pero ya veo que aquí también.

Paul miró a su amigo.

—¿Qué pasa, Bruno?

—Dos mujeres están haciendo saltar la banca… La gente se

desmaya.

—Yo también estoy a punto de desmayarme, y no estoy en Montecarlo. Ya me lo contarás.

—Que aproveche —dijo Bruno y desapareció.

Paul reemprendió el trabajo de pensar con Desirée. En eso sonó el teléfono.

Desirée alargó la mano y descolgó.

—Ah, hola, Henry —dijo Desirée—. ¿Cómo? ¿En la televisión? ¿Las dos mujeres que viste con Didí…? ¿En Montecarlo…? ¿Estás seguro…?

Paul, que había oído aquello, ya estaba corriendo hacia la otra habitación.

—Gracias, Henri —dijo Desirée y después de colgar, fue en pos de Paul. Bruno estaba sentado ante el televisor, y comentó:

—Vaya sangre fría que tienen esas dos mujeres.

Desirée y Paul se detuvieron observando lo que ocurría en la pantalla.

—Eh, Paul —dijo la atractiva joven—, según Henri son ellas, las secuestradoras… ¡Dios mío, allí detrás, entre la gente…! ¡Es Didí…!

—Rápido, Bruno. Tenemos trabajo —dijo Paul y echó a andar hacia la salida del apartamento.

CAPÍTULO XI

Linda Harvey y el comandante Ferniot se encontraban en un *bungalow*, en un hotel cercano a Montecarlo.

El comandante estaba en un diván.

Linda jugaba con él poniéndole un racimo de uvas en la boca, tirando arriba cuando Ferniot trataba de atrapar una uva con los dientes. En esos instantes sonó un zumbido.

Ferniot se apartó.

—Eh, ¿qué es eso, Linda?

—Puse a hacer café.

Linda se fue hacia la cocina, pero no era la marmita la que había producido aquel ruido, sino una de sus pulseras de oro. Apretó un resorte y pudo oír una voz:

—Jefe del laboratorio llamando a Linda…

—Diga. Le escucho.

—Una emergencia.

—¿De qué se trata?

—Han sido esas dos condenadas viejas… Fueron enviadas a un casino de la Costa Azul, para que ayudasen a Didí a realizar un trabajo. Úrsula y Petra se pusieron a jugar a la ruleta y se entusiasmaron demasiado… Han interrumpido el contacto. No sabemos nada de ellas. Han desobedecido órdenes. Debe ocuparse de que abandonen inmediatamente el casino.

—Pero yo estoy con el comandante Ferniot.

—¿Qué tal le va con él?

—Lo tengo completamente domesticado.

—Entonces podrá dejarlo ahí, puesto que no es un enemigo…

—De acuerdo. Me pondré en camino inmediatamente. Linda salió de la cocina.

—Querido, he de salir.

—¿Adónde?

—Es algo urgente que olvidé solucionar. Pero estaré aquí en un rato —y añadió—: Cariño, ten confianza en mí. Eres el único hombre a quien he amado de verdad y pienso que ya no amaré a otro.

Bernard quedó embelesado, con la boca abierta.

Fue el mejor momento para que Linda saliese del *bungalow*.

* * *

Pitágoras Carasis gritaba:

—¡Interrumpan el juego de esa mesa aunque tengan que deshacerla a hachazos!

Tres de sus empleados estaban frente a él los tres limpiándose el sudor de la cara con el pañuelo.

—Pero no podemos hacer eso, señor Carasis —dijo el más alto.

—Por todos los diablos, ¿es que quieren que me arruine…? ¡Esas dos mujeres tienen que salir cuanto antes! ¿Lo oyen bien? ¡Cuanto antes…!

—Se me ocurre una idea, señor Carasis —dijo otro.

—¡Habla! ¿Qué es lo que se te ha ocurrido?

—Pegarle fuego al casino.

—Menudo pedazo de idiota, ¿sabes lo que significaría eso?

—Pero usted ha dicho que, si se quedan esas mujeres, se arruina…

—Claro, y también me arruinaría si le pego fuego al casino… ¡Utilizad gases lacrimógenos o lo que sea! ¡Pero sin hacer daño al local!

Se abrió la puerta y apareció Didí.

—Pitágoras, te traigo una buena noticia. Esas mujeres dejaron de jugar.

—¿Qué…? ¿Cómo?

—Han decidido retirarse.

—¡Didí, es maravilloso…! Estaba seguro de que hoy que te he conocido no podía ser un día de tan mala suerte para mí…

* * *

Úrsula y Petra estaban cambiando las fichas por dinero. Linda, a su lado, las recriminaba:

—Lo que ustedes han hecho es incalificable.

—Pero si sólo nos divertimos un poquito, ¿verdad, Úrsula? —dijo Petra.

—Sí, sólo un poquito.

—¿Qué pasó con su receptor? —preguntó Linda.

—¿Con nuestro receptor? —contestó Úrsula—. Oh, sí. Debió estropearse.

—Lo estropearon ustedes intencionadamente para no escuchar las Órdenes…

—Pero si no hemos hecho mal a nadie.

—Han hecho mal a la causa y se han ganado un buen castigo. Petra y Úrsula cambiaron una mirada y luego la bajaron al suelo. Linda oyó el zumbido de su pulsera y apretó de nuevo el resorte.

—Jefe de laboratorio llamando a Linda.

—Le escucho.

—Las cosas se complicaron. Los agentes Paul Riviere y Bruno Nussac se dirigen hacia ahí. Están llegando.

—Saldremos por la terraza en seguida.

Poco después, Linda, Petra y Úrsula salían del casino, encaminándose hacia la playa de estacionamiento.

—Un momento —oyeron una voz.

Linda giró como si hubiese sido picada por un escorpión. Frente a ella, a escasos metros, se encontraba Paul Riviere.

—Ah, hola, querido —dijo Linda sonriente.

—¿Cómo estás, preciosidad? —sonrió también Paul—. No sé por qué lo pregunto —la repasó de pies a cabeza—. Sigues estando tan bella, tan seductora y atractiva, como la última vez que intentaste matarme.

—Paul, gatito, no deberías decir esas cosas. Puedes escandalizar a estas señoras… A propósito, queridas, ¿quieren esperarme en el auto mientras hablo con mi amigo?

—No. Ellas no van a ir a ninguna parte —dijo Paul.

—¿Qué te pasa…? Oh, creo que ya entiendo. Te has enterado de que mis amigas ganaron una fortuna en el casino y te has propuesto

asaltarlas.

—Tienes mucha imaginación, preciosa. Pero esta vez no te va a servir de nada el truco. La joven fue a abrir el bolso y Paul movió la mano muy aprisa.

—No hagas eso, Linda. Sacaré la pistola mucho antes que tú.

—No llevas pistola.

—No la llevaba antes, pero ahora sí.

—¿Te atreverías a disparar contra mí?

—Contra ti, contra ellas y contra todas las mujeres con ojos de gata.

—Paul, me decepcionas mucho. Tú atacando a las mujeres…

—Hasta ahora me limité a amarlas, pero últimamente me encontré con algunas demasiado ambiciosas. Figúrate, pequeña. Se quieren convertir en las dueñas del mundo.

—¿Dónde fue tu amigo Bruno, Paul?

—Fue al casino a por Didí.

El rostro de Linda se atirantó.

—Te estás arriesgando demasiado, Paul.

—Tú ya te arriesgaste y vas a perder.

—Tú eres el que perderás. Te estás enfrentando con una fuerza muy superior a la tuya, Paul. Eres un chico encantador y me gustaría que conservases la vida.

—Oh, sí, claro. Y por ello, en Cannes trataste de conservarme metido en una lata, pero bien cerrada y a un par de metros bajo tierra.

—Aún no sé cómo te pudiste librar.

—Soy un buen jinete, Linda, y abajo me estaba esperando un caballo.

—Aquí no tienes ninguna montura para escapar.

—¿Dónde está mi jefe, el comandante Ferniot?

—¿Quién?

—Me has oído perfectamente.

—Muy bien. Te hablaré de él. El comandante está muy a gusto conmigo.

—¿Y dónde lo tienes? ¿Quizá también lo metiste en conserva?

—No ha hecho falta.

—Bien, Linda. Ha llegado el momento de que rindas cuentas.

—Pero qué ingenuo eres. He estado hablando contigo para dar

tiempo a que mis compañeras llegasen.

—Pero todavía no llegaron y yo sigo siendo el dueño.

—Mira a tu espalda.

—No seré tan tonto.

Paul oyó una voz detrás de él.

—Somos seis, y le aseguro que estamos dispuestas a acabar de una vez con usted.

CAPÍTULO XII

Paul tuvo que volver la cabeza. No, no lo habían engañado. Allí estaban las seis mujeres. Reconoció a tres de ellas, porque eran las que habían luchado con él en el apartamento de Linda, en Cannes, y las que intentaron liquidarlo en el mar.

A las tres hermosas muchachas se había unido otro terceto, y las nuevas enemigas eran tan hermosas y tan atractivas como las que ya conocía. Todas se cubrían con jersey y pantalón negro, y en la noche, bajo la débil iluminación cercana a la playa de estacionamiento, sus ojos parecían más verdes que nunca. Las seis mujeres manejaban un cordón de seda.

Miró otra vez a Linda. La vio con la pistola en la mano.

—Te felicito, ricura. Lo tienes todo bien organizado.

—Somos perfectas. A tu amigo Bruno también le hemos preparado una recepción.

—No hay nadie perfecto, hasta los mayores criminales cometen un fallo.

—Te demostraré que nosotras no lo cometeremos… Levanta las manos.

—¿Para qué?

—Levántalas o yo seré quien acabe contigo de un balazo.

—Está bien. Como quieras.

Paul levantó las manos. Entonces Linda se acercó hacia él y le quitó la pistola que guardaba en la axila. Luego, Linda retrocedió unos pasos y sonriendo dijo:

—Querido, si no fueses tan tonto, te habría reservado un hermoso final.

—¿Y ya perdí la oportunidad?

—Sí, Paul. La has perdido lamentablemente, por ser tan

obcecado.
—Será mejor que les digas a tus chicas que se estén quietas. Puedo hacer daño a algunas de ellas.
—¿Sabes para qué sirven esos lazos que ellas manejan?
—Seguro que entre todas, y en sus ratos libres, están haciendo una alfombra de nudo.
—Eres muy chistoso —Linda volvió la cabeza hacia Úrsula y Petra—. Esperad en el coche.
Paul ya no intentó detener a las dos mujeres que habían estado a punto de saltar la banca del casino.
Linda dio una palmada.
Las seis mujeres jóvenes, cubiertas de negro se separaron empezando a formar un círculo.
Paul se quedó quieto. Linda dijo:
—Querido, quiero ahorrarme la visión de tu final.
—Comprendo. Eres una mujer muy sensible.
—Hasta nunca, Paul Riviere.
—¿Adónde irás con el comandante Ferniot?
—A la isla.
—¿Qué isla?
—Donde está nuestro cuartel general de operaciones. Vamos a celebrar una gran reunión.
—Gente importante, ¿eh?
—Sí. Hombres de la capa social más alta, los poderosos que ya están con nosotros.
—Comprendo. Y el comandante Ferniot no faltará.
—Yo misma me ocuparé de que no falte porque va a venir conmigo.
—¿Y luego?
—Ya no hace falta que te informe de más. Paul, no te resistas y así tu suplicio durará menos.
—Gracias. No sabes cuánto voy a echar de menos tus consejos.
—Me gustaría despedirme con un beso.
—Pues no te quedes con las ganas. Anda, dámelo.
—No, porque te aprovecharías de mí como escudo. Has probado ser un rival peligroso. En fin, no se puede tener todo en este mundo.
—Qué poca cosa somos, ¿verdad?
Linda dio un suspiro y se marchó por el mismo camino que

habían seguido Úrsula y Petra.

Paul quedó a solas con las seis mujeres que manejaban los lazos.

—Eh, chicas. Se me ha ocurrido una idea genial. Vosotras seis y yo vamos a formar un número extraordinario. Paul Riviere y sus panteras negras. Conozco a un agente artístico que nos contratará en seguida y podremos hacer muchos numeritos.

Ninguna de las jóvenes le contestó. Todas ellas estaban en marcha, estrechando el círculo alrededor de su víctima, y las seis tenían sujeto el lazo con las dos manos.

Paul se rascó una patilla.

De pronto se oyó el rugido de un coche. Las jóvenes se detuvieron.

Todas ellas miraron en la dirección de donde se oía el motor.

El auto tripulado por Desirée se aproximaba adquiriendo velocidad por segundos y su meta era aquel círculo en el que Paul estaba encerrado.

—Sálvese quien pueda, muchachas —dijo Paul y se lanzó al aire cuando el coche estaba llegando.

Las jóvenes a las órdenes de Linda Harvey se arrojaron también al suelo para evitar el impacto del vehículo que pasó por entre ellas como una exhalación.

Una de las asesinas había quedado cerca de Paul y se arrojó sobre él para pasarle el lazo por el cuello.

El agente burló la acometida y, atrapando a la joven por el brazo, le hizo dar una vuelta estrellándola contra el suelo y dejándola sin conocimiento.

—A dormir, nena.

Otras dos jóvenes se arrojaron sobre él a un mismo tiempo, Paul se echó a un lado y las dos muchachas estrellaron la cabeza una contra otra y se desplomaron sin sentido.

—Eso os pasa por traviesas.

El coche de Desirée había dado la vuelta y corría de nuevo hacia allí.

Las otras tres mujeres saltaron al mismo tiempo sobre Paul con su característica agilidad, y el agente rodó con ellas.

Se desembarazó de una pegándole con el filo de la mano en la clavícula, y a otra le dio un sacudón con la zurda enviándola muy lejos.

Pero la tercera logró su objetivo. Pasarle el lazo de seda por el cuello.

Paul trató de desprenderse de ella, pero ya era demasiado tarde. La joven lo había sujetado bien.

—Tranquilo, muchacho, y morirás sin dolor.

—¿Cómo te llamas?

—Pamela.

—Pamela, ¿quieres casarte conmigo?

—No puedo casarme con un muerto.

—Pero yo estoy vivo todavía. Maldita sea. No aprietes más.

Los ojos de Paul se iban desorbitando poco a poco, a medida que el aire le iba escaseando de los pulmones.

Ya no podía hablar.

Oyó el chirrido de los frenos del auto.

De pronto golpearon a la asesina en la cabeza con un objeto contundente. Era Desirée y el arma que había utilizado una linterna.

Paul se desprendió del lazo con el que lo querían estrangular. Echó a correr.

—¡Nena, recuérdame que te dé un beso luego…! ¡A Bruno le destinaron otros verdugos!

* * *

Bruno tenía atrapado a uno de los empleados de Pitágoras Carasis. Lo sujetaba por el cuello y lo aplastaba contra la pared.

—A cantar, muchacho. ¿Dónde está Didí?

—No conozco a ninguna Didí.

—Una joven de ojos verdes que luce un vestido de encaje blanco.

—Oh, sí. Estaba con el señor Carasis.

—¿Dónde?

—Arriba en sus habitaciones.

—Enséñame el camino —dijo Bruno, y lo empujó hacia las escaleras.

El empleado se tambaleó y empezó a subir muy aprisa las escaleras, seguido por Bruno.

Llegados a un corredor, el empleado se detuvo.

—En esa puerta.
—Ábrela.
El empleado hizo girar el tirador pero la puerta no se abrió.
—Está cerrada por dentro.
—Quítate de en medio.
Bruno se colocó en la pared, frente a la pared y echó a correr saltando en el momento oportuno. Su cabeza chocó contra la puerta y se metió en la habitación haciendo un agujero.
—Buenas noches —dijo poniéndose en pie.
Allí lo esperaban seis mujeres que se cubrían con jerseys negros y pantalón del mismo color. Sus ojos eran de un verde muy sugestivo.
—Caramba, ya tenía ganas de encontrarme yo con media docena de muchachas como vosotras. ¿Por cuál empiezo?
Las seis tenían la diestra en la espalda y ahora la exhibieron. Todas empuñaban un cuchillo.
—Eh, chicas, me equivoqué de sitio. Pensé que esto era el casino, pero es el matadero…
—Y tú eres la pieza que vamos a sacrificar —contestó una pelirroja.
—Ni hablar de eso, muchachas. Todavía no me cebaron.
—Te queremos como estás, gordito.
Las seis muchachas se pusieron en movimiento hacia Bruno.
—¿Se puede? —dijo Paul y entró abriendo la puerta. Las jóvenes se quedaron unos momentos sorprendidas.
Paul dijo con una sonrisa:
—Sí, ya sé que yo debería estar muerto, pero vuestras compañeras, las estranguladoras, estaban en baja forma.
—Eh, Paul —dijo Bruno—, éstas son carniceras.
—No digas eso, Bruno. Son unas chicas la mar de simpáticas que se van a convertir muy pronto en nuestras amigas. Ahora mismo nos vamos todos de fiesta.
Las seis jóvenes echaron a andar hacia ellos, con los cuchillos levantados.
—Eh, Paul —dijo Bruno—. No las convenciste.
—Seguramente me equivoqué de procedimiento.
—Pues la hiciste buena, porque ya no hay tiempo para nada.
—Las tres de la derecha para ti y las tres de la izquierda para

mí.

—Sí, claro y, como siempre, te reservas las mejores… Una de las muchachas saltó sobre Paul.

Éste se agachó a tiempo y la joven clavó su cuchillo en los restos de la puerta.

Luego, Paul le pegó en el cuello y la joven se derrumbó.

Soltó un puntapié a otra de las muchachas, la cual perdió el cuchillo que fue a clavarse en el techo.

La tercera ya iba a hundir su acero en el pecho de Paul, pero éste la atrapó por la muñeca. Se dejó caer en el suelo y al mismo tiempo levantó los pies. La joven voló por los aires.

Bruno se arrojó de cabeza sobre sus tres enemigas abriendo los brazos en horizontal.

Fue un perfecto salto del ángel. Las tres muchachas y él rodaron en la alfombra. Uno de los cuchillos se clavó al lado de su cara, rozándole la mejilla.

—Eh, que no pedí un mondadientes.

Le soltó un puñetazo a la agresora, la cual se marchó como una exhalación hacia el techo.

Otra al caer, había perdido el cuchillo, y saltó sobre Bruno con furia, aplastándole las muñecas.

—Mátalo ya —dijo a la tercera.

Ésta se arrojó sobre Bruno para clavarlo como una mariposa, contra el suelo. Pero de repente, un cuerpo hizo impacto con la agresora.

Era Paul, quien se marchó con ella hacia la pared donde los dos se estrellaron.

Bruno se levantó de un salto y la joven que le pisaba las muñecas, inició otro vuelo, golpeando la cabeza contra el canto de una mesa.

Todas las mujeres habían quedado fuera de combate. Bruno se levantó palmeándose los pantalones.

—Eh, Paul, ¿estás bien?

Su amigo estaba emocionado. Bruno miró a su alrededor.

—Mujeres, qué ricas son, ¿eh, Paul?

—¿Viste a Didí?

—Ya se habían largado y en su lugar me esperaban estas colegialas.

Paul atrapó a la que tenía más cerca y la despertó abofeteándole las mejillas.

—¿Cómo te llamas?

—Rosaura.

—Bien, Rosaura, ha llegado el momento de que hables.

Ella miró fijamente a Paul y asomó la lengua por entre los dientes. Entonces dijo:

—Tú y yo pasaremos el tiempo de mejor forma.

—¿No te lo dije, Paul? —dijo Bruno—. Eres el tipo más suertudo.

Paul puso rápidamente su mano sobre los ojos de Rosaura. Ella trató de desasirse, pero no lo consiguió.

—Paul, ¿qué haces? —inquirió Bruno.

—No quiero que sus ojos me miren.

—¿Qué les pasa a sus ojos? Son muy hermosos.

—Demasiado hermosos. Es el procedimiento que utilizan para conquistar a la gente.

—¿Quieres decir que al comandante lo conquistaron también así, con miraditas?

—Sí, Bruno. No hay duda de que sus ojos… Ya esperé bastante, Rosaura. Quiero que hables, o hago contigo lo que tus compañeras iban a hacer conmigo.

—Vete al infierno.

—Tú eres la que te vas a ir al infierno porque tu cuello no va a resistir mucho tiempo la presión de mi mano. Escucha bien, Rosaura, Linda Harvey me habló de que en cierta isla se va a celebrar una reunión de alto rango. Allí acudirán tus compañeras con sus conquistas, con los hombres poderosos que han logrado engatusar… Bien, ahí va mi pregunta. ¿Dónde está esa isla?

La joven no contestó.

—Habla.

—Puedes matarme, pero no hablaré. Una voz dijo desde la puerta:

—No intentes nada, Paul.

Paul y Bruno se volvieron hacia allí. Era Linda, tenía a Desirée atrapada por la cintura, sujetándola fuertemente, y en la otra mano manejaba un cuchillo cuya hoja estaba apoyada en el cuello de su prisionera.

—Rendíos o degüello a vuestra amiga. Las otras mujeres fueron despertando.

—Vaya —dijo Paul—. Has vuelto.

—Recibí la llamada de socorro y no me había alejado mucho. Llegué a tiempo —Linda sonrió de aquella forma tan encantadora.

—Suéltala. Nos rendiremos —dijo Paul.

—Paul —repuso Bruno—, nosotros seremos los muertos… Linda contestó:

—He recibido contraorden. Seréis nuestros prisioneros. Viajaréis con nosotras hasta la isla.

—¿Por qué ese cambio de idea? —preguntó Paul.

—El jefe cree que sois dos personas muy adecuadas para desempeñar la última misión.

—No me parece mala la idea, pero antes debemos saber las condiciones. Ya sabes. Horas de trabajo, vacaciones, subsidio familiar y demás.

—Deja ya de hacer el payaso, Paul. Vais a obedecer sin necesidad de condiciones. Seréis tratados en el laboratorio de la isla y vuestra voluntad quedará anulada.

Otra de aquellas mujeres entró y dijo:

—Los helicópteros llegarán en unos minutos.

—Dadles los comprimidos.

Una de las jóvenes sacó dos comprimidos de un tubo y se acercó a Paul y Bruno.

—Tragad una píldora.

—Eh, yo no puedo. Necesito agua —dijo Paul.

—Trágala o degüello a Desirée —dijo Linda, que continuaba en la misma posición con Desirée.

Paul se encogió de hombros y tomando la píldora, la tragó.

Bruno hizo un gesto de asco, pero también él tragó el comprimido.

Casi al mismo tiempo, se sintieron mareados, empezaron a balancearse y, por último cayeron en el suelo sin sentido.

CAPÍTULO XIII

Paul despertó.

Vio ante sus ojos una máscara horrible. Instintivamente, se echó hacia atrás, pero estaba sujeto con una cadena en la pared.

—¿Cómo se encuentra, señor Riviere? —dijo un hombre que se cubría de blanco y con la máscara.

—Muy mal desde que lo he visto a usted.

—Cuánto lo siento. Pero ya se acostumbrará.

—¿Quién es usted?

—El jefe de este lugar.

—¿La isla?

—Sí, señor Riviere, la isla desde donde hemos iniciado la gran operación de apoderarnos de su planeta.

—Fue una buena idea eso de servirse de nuestras propias mujeres… ¿A quién se le ocurrió?

—Al Gran Amo.

—Ese Gran Amo debe de ser un tipo con mucho talento. Me gustaría conocerlo.

—Está muy lejos de aquí. Pero yo soy su representante y basta con que usted me conozca a mí.

Bruno, también encadenado a la pared, despertó en aquel momento y, al ver al de la máscara, lanzó un alarido.

—¡Paul, tengo una pesadilla! —gritó con las manos en la cara.

—No es una pesadilla, sino la realidad —le contestó su amigo.

—Demonios, no podía imaginar que existiese un tipo tan feo. ¿O estamos en un baile de carnaval?

El hombre de la máscara horrible exclamó irritado:

—¿Quieren dejar de decir tonterías?

—Muy bien. Dígalas usted por nosotros —repuso Bruno.

El jefe del laboratorio se acercó a un tablero y apretó un botón.

Bruno soltó un aullido porque recibió una descarga eléctrica a través de las cadenas.

—Eh, no haga eso con Bruno —dijo Paul.

El individuo apretó otro botón y ahora la descarga la recibió Paul.

—Lo lamento mucho —dijo el de la máscara—. Pero es necesario que ustedes se amansen. Tienen demasiada energía vital.

Paul y Bruno permanecieron en silencio durante unos instantes porque no podían hablar.

El jefe del laboratorio se apartó del cuadro de mandos y dijo:

—Serán operados en una hora.

—Eh, amigo —dijo Paul—, nosotros no necesitamos ninguna operación. Estamos la mar de bien. ¿Verdad, Bruno?

—Sí, señor. No sufrimos ninguna enfermedad.

—Sufren de la peor.

—¿A cuál se refiere? —preguntó Paul.

—La dolencia de ustedes está ubicada en su cerebro.

—¿Qué le pasa a mi cerebro?

—Es el de un ser que no ha llegado a su estado adulto. Bruno gritó:

—Eh, oiga, si vamos a empezar a insultarnos, me meteré con su familia.

—Su cerebro es mucho peor, Bruno, porque apenas tiene seso.

—¿Eh?

—Es todo musculatura, sin materia gris.

—¿Y qué es usted? ¿Se ha visto en el espejo? Yo al menos tengo una cara decente.

El jefe del laboratorio se acercó al cuadro de mandos y movió la mano hacia los botones.

Bruno gritó:

—Eh, que ya tuve bastante con una ración de voltios.

Sin embargo, el individuo apretó el botón y Bruno fue víctima del pasmo producido por la corriente eléctrica.

Paul apretó los dientes rabioso.

—¿Son ésos sus procedimientos para conseguir la colaboración?

—No, señor Riviere. Yo consigo la colaboración en cuanto la deseo. Es sólo un castigo que les impongo como seres humanos que

son. Estos procedimientos están desterrados en el lugar de donde procedo. Allí ha sido anulada toda resistencia. Cada cual comprende desde que nace cuál es la misión que le ha sido encomendada en la comunidad.

—Son ustedes muy precoces.

—Inteligentes, para seguir utilizando sus palabras.

—Yo prefiero otra. Muñecos.

—Tengo su ficha completa, señor Riviere. He podido saber que es usted un hombre con una gran decisión, y que ha sabido resolver sus problemas de una forma rápida y eficiente. Será un buen colaborador nuestro porque vamos a suprimir su defecto.

—¿Cuál defecto?

—Su excesiva atención por las mujeres.

—¿A eso le llama defecto?

—Lo es en el lugar de donde yo procedo.

—¿No hay mujeres allí?

—No.

—Entonces le acompaño en el sentimiento.

—No necesitamos a las mujeres.

—Qué pena. Son una verdadera monada.

—Acabamos con ellas, porque no eran precisas.

—¿Y qué me dice del nacimiento? No sé por qué lo pregunto. Ya imagino cómo nacen ustedes allí, en un tubo de ensayo.

—Sí, señor Riviere.

—¿Cuántos microbios ha tenido usted como descendencia?

—¡Señor Riviere!

—Oh, perdón, debí preguntarle por los chicos, pero se me olvidó.

—No seguiré conversando con usted hasta que haya sido operado.

—Y duro con la operación.

—No se librará de ella, señor Riviere. La necesita urgentemente. Después hablaremos, y ya verá como todo lo que ahora le asombra le parecerá natural.

Bruno, ya repuesto de la segunda descarga, dejó oír su voz:

—Eh, ¿aquí cuándo se come?

—Luego les traerán unas píldoras.

—¿Más píldoras…? Qué asco. Oiga, ¿es que no pueden

prepararme una pechuguita?

—No.

—¿Un filete con patatas?

El jefe del laboratorio alargó la mano para apretar de nuevo el botón.

—¡Está bien! —gritó Bruno—. ¡Píldoras, pildoritas! Esta vez se libró de la descarga.

El jefe del laboratorio se apartó del cuadro de mandos y se dirigió hacia la puerta, la cual se abrió sin que él hiciese nada. Volvió su cabeza, mostrando una vez más su horrible máscara y dijo:

—Ordenaré que preparen el quirófano para suprimir su voluntad.

Salió de la estancia y la puerta se cerró como antes. Al quedar los dos amigos a solas, Bruno gimió:

—Eh, Paul, tenemos que salir de aquí.

—Lo mismo digo yo.

—¿Ya pensaste algo?

—Sí, pensé mucho.

—Estupendo.

—Pero no tengo ninguna solución.

—Tú siempre has sido un tipo muy listo y hallaste la forma de que escapásemos. Y has de encontrarla ahora antes de que nos lleven a ese quirófano…

—¿Cómo quieres que escapemos ahora si estamos encadenados?

—Debí seguir el consejo de mi madre.

—¿Qué te decía?

—Según ella, yo debía seguir siendo mecánico de coches como mi padre… Pero yo quería ver mundo. Por eso me metí en la lucha libre. ¿Tú sabes que pude ser campeón del mundo? Pero llegó el comandante Ferniot y me dijo: «Oiga, con esa cara, usted podía ser agente secreto». Y me convenció.

Se abrió otra vez la puerta.

Los dos miraron hacia el hueco. Entró Bernard Ferniot. Bruno gritó:

—¡Estamos salvados, Paul! ¡Es el comandante…!

CAPÍTULO XIV

—Comandante —dijo Bruno—, ya que ha logrado burlar la vigilancia de esa gente, quítenos estas cadenas.

El comandante permaneció inmóvil. Estaba muy elegante, y tenía un humeante cigarrillo en los labios. Ahora dijo:

—Gusanos.

Bruno se quedó con la boca abierta.

—Eh, comandante, no fue culpa nuestra que nos atrapasen…

—Sois un desecho. Así quería veros. Paul intervino:

—Bruno, no te canses. El comandante no ha venido aquí a salvarnos.

—¿Eh?

—Recuerda lo que te dije. Ferniot recibió la visita de una de esas muchachas de ojos verdes. Ella lo dominó.

—¡Oh, no!

—Sí, Bruno. Es la triste realidad. El comandante Ferniot está a las órdenes del tipo feo. Bruno forzó una sonrisa y miró al comandante que seguía serio:

—Comandante, por su madre, escúcheme… ¿Es que no se acuerda de mí? Soy Bruno Nussac, el tarugo, el que lo enreda todo… Pero que a la hora de la verdad con sus puños y su cabeza dura sale del apuro… ¿Es que no se acuerda, comandante? Yo soy el bruto, quiero decir el músculo, y Paul es la inteligencia. Repetiré sus propias palabras. Usted dijo que nosotros dos, Paul y yo, formábamos un combinado perfecto…

El comandante dio una chupada al cigarrillo. Seguía muy serio.

—Vais a tener el fin que os ganasteis.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la pared por donde había entrado. La puerta se abrió ante él.

—¡Comandante! —gritó Bruno—. ¡No nos deje aquí! ¡Sáquenos! ¡Nosotros lo libraremos de sus enemigos!

Sin embargo, el comandante salió de la estancia y la puerta se volvió a cerrar. Bruno se dejó caer en el suelo, y dijo desconsolado:

—Éste es el final.

—Todavía no —contestó Paul.

—¿Ya se te ocurrió una idea? —preguntó Bruno esperanzado.

—Claro.

—Suéltala.

—Es bien sencillo.

—Ya sabía yo que tú darías con la solución. ¿Qué estás esperando? Dila ya.

—Hemos de escapar cuando nos lleven al laboratorio.

—Bravo —dijo Bruno, pero luego se quedó muy serio—. Oye, Paul, pero ¿cómo vamos a escapar?

—Eso es lo que no sé.

Bruno compuso un gesto como si fuese a echarse a llorar.

—Mecánico de coches. Eso es lo que debí ser… Debí conformarme con ser mecánico de coches…

—Eh, Bruno, quizá podamos librarnos aquí mismo.

—¿Cómo?

—Hasta ahora no empleaste tu fuerza.

—Oh, sí. Debo arrancar de cuajo mis cadenas.

—Exacto.

—Son unas cadenas muy bien hechas.

—No es la cadena lo que debes partir, sino sacar la argolla de la pared.

—Supón que lo consiguiese.

—Estaría todo solucionado. En el tacón de mi zapato izquierdo tengo una llave maestra que nos librará de las cadenas en un momento.

—No podré, Paul, no podré.

—Tienes que intentarlo…

—Está bien. Allá voy.

Bruno se levantó y dio la vuelta, enfrentándose con la pared, inspiró profundamente y tiró de la cadena.

Paul siguió el esfuerzo de su amigo con la mirada.

Toda la musculatura de Bruno había entrado en juego. Sus

dientes rechinaron debido al esfuerzo que estaba realizando.

—No puedo, Paul. No puedo…

—Claro que puedes.

—Es imposible —dijo Bruno y se relajó.

—Bruno, eres el tipo más fuerte que he conocido yo…

—Sí, pero ésta es la cadena más fuerte que he conocido yo…

—Prueba otra vez.

—No hay nada que hacer.

—¡Te digo que pruebes! Has de conseguirlo, Bruno. Hay en juego muchas cosas… ¡Inténtalo de nuevo!

—Como tú quieras, pero no voy a conseguir nada.

Bruno hizo otro titánico esfuerzo. Su cara estaba bañada en sudor que le chorreaba por el cuello.

Un trozo de pared cedió, cayendo al suelo.

—¡Sigue, Bruno!

La cara de Bruno estaba roja. Continuó tirando y, de pronto, aquella cadena se desprendió de la pared arrastrando consigo algunos cascotes.

Bruno se dejó caer en el piso rendido. Paul le sonrió.

—Continúas siendo el tipo más fuerte del mundo… El tacón de mi zapato, Bruno. Bruno abrió el tacón del zapato de Paul y preguntó respirando entrecortadamente:

—Dios mío, ¿y cómo vamos a salir de aquí?

—Eso va a ser lo más fácil. Esa puerta se abre por medio de una célula fotoeléctrica.

* * *

Dos de aquellos seres con la horrible máscara estaban de centinelas en un corredor con una extraña metralleta entre las manos.

De pronto un brazo surgió por detrás de uno de ellos, lo atrapó por el cuello y tiró de él desapareciendo por el hueco oscuro que estaba a su espalda.

El otro fue a volverse, pero otro brazo surgió de la oscuridad, lo atrapó del cuello y también tiró de él.

Se oyó un terrible forcejeo. Luego silencio.

* * *

El jefe del laboratorio estaba rodeado por cuatro de sus hombres que utilizaban la máscara como él.

—¿Está todo preparado, Gran Chambelán? —preguntó.

—Sí, jefe. Los invitados han llegado con las chicas. No falta ninguno.

—Entonces debemos felicitarnos por nuestro trabajo. Ha salido perfecto. La Tierra ya empieza a ser nuestra… Hermanos, éste es el instante en que debemos despojarnos de las máscaras para ir con nuestros invitados. Muy pronto estarán en condiciones de comprender la ventaja de reunir los dos sexos.

El jefe llevó la mano a la máscara, cogió la parte inferior por la barbilla y se la quitó lentamente.

Apareció su verdadero rostro.

Era bellísimo, el prototipo de la belleza femenina y masculina unida, de cabello rubio, plateado, ojos verdes, muy claros, como los de aquellas muchachas que estaban a su servicio.

Aquel ser miró a sus subordinados, quienes ahora también se despojaron de sus máscaras.

Todos poseían el rostro tan perfectamente bello como su jefe y el mismo cabello de color plateado.

* * *

En el amplio y lujoso salón se habían reunido aquellas encantadoras jovencitas de diecisiete años, que habían hecho posible la primera fase de la conquista de la Tierra, y sus víctimas:

Allí se encontraban el ministro de Finanzas, llamado el hombre del milagro, el naviero Pitágoras Carasis, el comandante Bernard Ferniot, jefe de la Investigación Estratégica, Sección del Servicio de Contraespionaje Francés, y un par de docenas de hombres importantes del comercio, de la banca, de la política…

Las muchachas que los habían conquistado lucían unos extraños vestidos de dos piezas que servían maravillosamente para resaltar sus encantos.

También estaban Didí, Linda Harvey y Desirée, convertida ya en una de aquellas mujeres de hermosos ojos verdes, rasgados.

Úrsula y Petra habían formado un círculo con hombres y jovencitas. Úrsula decía:

—Sí, amigos, no hay juego más emocionante que la ruleta. Petra y yo queremos organizar aquí una mesa de juego. Esperaremos convencer al jefe para que nos deje.

Del techo pendían grandes arañas con una iluminación que daba al salón un aspecto ultraterrestre, fantástico, verde, azul, amarillo, rojo.

Sonó una música extraña a través de unos altavoces, música que parecía interpretada por instrumentos desconocidos, sincopados.

Unas grandes cortinas del fondo, en lo alto de una escalera, se descorrieron dejando ver aquellos seres de rostro bello y cabello plateado.

El jefe del grupo dio unos pasos hacia el borde de la escalera, se detuvo y dijo:

—Éste es un gran día para nosotros y ha de serlo también para todos ustedes.

CAPÍTULO XV

Por un pasillo caminaban dos hombres vestidos de blanco, cubiertas las caras con horribles máscaras. El de la derecha dijo:

—Eh, Paul, ¿no crees que soy ahora la pareja perfecta de Brigitte Bardot?

—Seguro, Bruno.

—Esto está resultando divertido. ¿Te imaginas la sorpresa que les vamos a dar? Oyeron una música lejana.

—Eh, ¿qué es eso? —Gruñó Bruno—. Parece que estos tipos tienen los instrumentos desafinados.

—Debe ser la canción de moda de ellos.

—¿Y cómo se bailará? ¿Quizá boca abajo?

—No me extrañaría nada… Silencio.

—¿Qué pasa?

—Ha cesado la música y está hablando el jefe. Se acercaron a un hueco.

El jefe hablaba desde la escalera hacia el salón donde se encontraban sus invitados:

—Todos ustedes representan al poder en la Tierra y ahora están con nosotros… Han llegado aquí gracias a un cebo representado por hermosas mujeres que pusimos en su camino… Pero, a partir de ahora, ustedes serán mucho más perfectos porque jamás caerán en la tentación. Se van a transformar en personas con los dos sexos.

—Paul —dijo Bruno—, ¿cómo es posible que no protesten? ¡Serán hombres y mujeres al mismo tiempo…!

—Está claro. Vinieron aquí atraídos por las chicas, pero luego les han debido dar otra droga. Ya sabes, cualquier cosa mezclada con la bebida. Por eso el comandante Ferniot nos trató en la forma que lo hizo.

—Pobre comandante. ¿Te lo imaginas con melena?

—Ellos no tienen melena… Anda, vamos a meternos entre la gente.

Paul y Bruno entraron en el salón por la parte que enfrentaba al lugar en que el jefe de aquella ciudad subterránea y sus secuaces se encontraban.

El ministro de Finanzas y el famoso naviero fueron los primeros en descubrir a Paul y a Bruno con aquellas máscaras.

El ministro dio un chillido y se desmayó.

El naviero echó a correr y arrolló a varias personas que encontró a su paso mientras gritaba:

—¡Los monstruos…! ¡Han llegado los monstruos…! El jefe vio lo que pasaba en el salón y gritó:

—¡Son ellos…! ¡Los prisioneros…! ¡Liquídenlos…!

Los seres de cabello plateado que estaban detrás de él sacaron un pequeño instrumento, como linternas. Uno de ellos, el más rápido, puso en marcha aquel objetivo, que escupió un rayo, pero mal dirigido, fue a golpear contra la pared del fondo, la cual se resquebrajó con un terrible estruendo.

El pánico cundió entre mujeres y hombres.

Paul sacó la metralleta por debajo de su túnica blanca y disparó hacia la parte superior. El cañón no lanzó balas, sino un rayo.

Varios tipos de cabello plateado que se habían adelantado lanzaron aullidos de dolor y se derrumbaron.

Media docena de individuos cubiertos de negro, con el rostro bello y el cabello plateado, corrieron hacia donde se encontraban Bruno y Paul portando aquellos tubos lanzarrayos.

Bruno se encargó de ellos poniendo en marcha su metralleta, y sus rivales se contorsionaron y rodaron por el suelo.

Las muchachas de diecisiete años se rehicieron. Cuatro de ellas saltaron sobre Bruno como fieras, al cual lanzaron a tierra.

—¡Socorro, Paul…! ¡Que me comen…!

Paul no estaba para atender a Bruno. Quería cazar al jefe. Le envió un haz de rayos que hizo impacto en el pecho.

El jefe retrocedió desorbitando los ojos y cayó.

Bruno iba a perecer entre las zarpas de las cuatro jóvenes que habían arrancado ya trozos de su indumentaria. Y de pronto, aquellas jóvenes se quedaron inmóviles, parpadeando mucho, y

mirando al hombre que habían querido matar.

Era como si hubiesen despertado de un sueño.

Y lo mismo les estaba ocurriendo a Erika, a Linda, a Desirée, que vio a Paul y echó a correr hacia él.

—¡Paul!

El la recibió entre sus brazos y la besó en los labios.

Úrsula y Petra se estaban restregando los ojos. Miraron sus vestidos y observaron a su alrededor.

—¡Úrsula! —dijo Petra—, ¿qué estamos haciendo aquí…?

—Eso me pregunto yo.

—¿Es la casa del señor alcalde?

—¿Cómo va a ser la casa del señor alcalde con tanta gente?

—Dios mío. Éste no es nuestro pueblo…

Habían recuperado su verdadera edad, sus ideas… Didí corrió al lado de su hermana Desirée.

—Desirée, qué alegría…

Las dos hermanas se besaron y entonces Paul sintió sobre su hombro una zarpita. Se volvió y encontróse ante Linda Harvey, la cual, con una sonrisa le dijo:

—¿Puedo besar al héroe?

—Hoy todas las mujeres pueden besarme. Linda lo besó con la boca entreabierta.

El comandante Ferniot gritaba:

—¡Mujeres…! ¡Mujeres…! ¿De dónde salieron tantas mujeres…? Se acercó a Bruno que estaba rodeado por cuatro muchachas.

—Bruno, le prohíbo que se divierta en las horas de servicio.

—Jefe, no me dirija la palabra. Sólo soy un gusano. El ministro de Finanzas voceaba:

—¡Divisas! ¡Más divisas…! ¡Necesitamos divisas!

* * *

El comandante Bernard Ferniot estaba sentado tras de su mesa, observando a la otra parte a dos de sus agentes, Paul Riviere y Bruno Nussac.

—Muchachos, hicieron un buen trabajo.

—Gracias, comandante —dijo Bruno—. Lo suyo tampoco estuvo mal. Ferniot entornó los ojos.

—¿Hay ironía en sus palabras, Bruno?

—Oh, no, de ninguna forma, comandante. ¿Verdad que no, Paul?

—En absoluto —contestó Riviere—. No hay ningún sarcasmo. Después de todo, usted, comandante, tuvo que hacer frente a un enemigo muy peligroso.

—Muchachos, se van a ir a Tokio.

—¿A Tokio? —dijeron a una Paul y Bruno.

—Eso dije. Tokio, capital del Japón. Hay un asunto importante que exige su presencia… Saldrán inmediatamente y se pondrán en contacto en la Embajada con el agente K7. El les informará.

—¿Ha dicho inmediatamente, comandante? —dijo Bruno.

—Sí.

—Pero, comandante, nosotros quedamos citados…

—¿Citados? ¿Con algún enlace, quizá?

—Con las chicas.

—¿Qué chicas?

—Yo con Didí.

—¿Y usted, Paul?

—Con Desirée y con Linda.

—¿Las dos al mismo tiempo?

—No, comandante. Una a las siete y otra a las diez. El comandante apretó los puños sobre la mesa.

—A Tokio —dijo con una gran energía. Luego abrió el interfono —: Traigan los equipajes de los agentes Paul Riviere y Bruno Nussac y los billetes del avión.

Se abrió la puerta y apareció una de aquellas chicas con ojos verdosos.

—Aquí tiene el equipaje —dijo con melosidad. Entró otra chica.

—Aquí tiene otra maleta, comandante.

Entró una tercera y dijo:

—Jefe, los billetes del avión.

Paul y Bruno miraban a una y otra muchacha perplejos.

Luego, cada uno cogió su maleta y Paul se hizo cargo de los billetes. Los dos dieron media vuelta y se encaminaron hacia la puerta. Bruno dijo con los dientes apretados:

—Nosotros nos jugamos el tipo y él se lleva a las mujeres.

Cuando hubieron desaparecido, el comandante sonrió a las

jóvenes, las cuales le correspondieron con una sonrisa y fueron saliendo.

Entonces, Ferniot dio un suspiro. Descolgó un teléfono y marcó un número.

—¿Didí…? Soy el comandante Bernard Ferniot… Lo siento mucho, Bruno Nussac tiene que marcharse al Japón… ¿Te parece bien que pase a por ti a las cinco…? De acuerdo…

Colgó y marcó otro número.

—¿Desirée…? Soy el comandante Bernard Ferniot… Paul Riviere tiene que salir urgentemente de París… Se me ha ocurrido que tú y yo podríamos ir a cenar… Mañana… Hoy tengo que atender un asunto importante. Obligaciones de mi cargo… Hasta mañana, Desirée…

A continuación marcó por tercera vez.

—¿Linda…? El comandante Ferniot… Paul ha tenido que ausentarse. No volverá a París en algún tiempo, lo menos un mes. Nosotros, los agentes especiales del contraespionaje, llevamos una vida muy dura… Había pensado que tú y yo… ¿Esta noche…? Estupendo.

* * *

En el satélite artificial de la galaxia PHJUZ el novato dijo:

—Maestra, ¿qué vamos a hacer ahora?

—He recibido las últimas órdenes del Gran Amo.

—¿Y qué dice, Maestro?

—Como castigo, dejaremos que los seres humanos continúen como están, sumidos en la barbarie.

—Demonios, usted dirá lo que quiera, pero lo pasan bomba. ¿Sabe que eso de los dos sexos no está nada mal?

—Estás enfermo, novato.

—Es que vi toda la historia y ya me gustaría estar en el lugar de ese comandante Ferniot…

—Eres un ingenuo. El es quien recibirá el mayor castigo porque atenderá a muchas mujeres al mismo tiempo. ¿Sabes cómo terminará con todas ellas? Echa un vistazo a esa pantalla y lo sabrás.

En la pantalla a la que se refería el Maestro se reflejaba un trozo

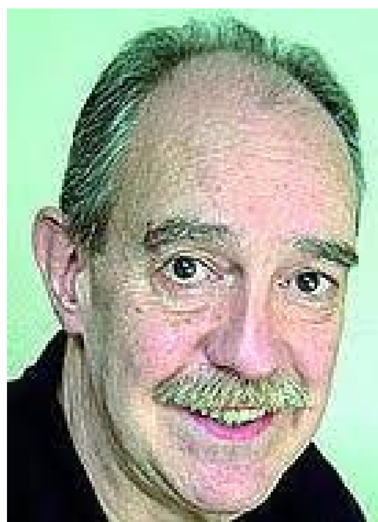
del espacio exterior con el satélite de la NASA, «Juno-27».

La puerta del satélite era aporreada por el cosmonauta mientras gritaba:

—¡Ábreme, Mary…! ¡Te juro que es a ti a quien quiero…! ¡Ábreme, Mary…!

¡Ábreme…!

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).